



Terror
Fantasía
Ciencia Ficción



Ediciones Turas Mór

10



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>Ensoñador</i> (SUE GIACOMÁN VARGAS)	4
<i>El Cartaginés</i> (LAURA PONCE)	10
<i>Quemar a Madre</i> (RICARDO G. GIORNO).....	14
<i>Pascualiño y Pericón</i> (ADRIANA ALARCO DE ZADRA).....	21
<i>“Hasta que la muerte nos separe”</i> (M ^a DEL PILAR JORGE - EDUARDO M. LAENS AGUIAR).....	23
<i>Contrato agónico</i> (GRACIELA LORENZO TILLARD - FABIO FERRERAS)	31
<i>Doce Águilas Amarillas</i> (PATRICIO CHAJA)	44
<i>La canción de combate</i> (TERESA P. MIRA DE ECHEVERRÍA)	50
<i>Incursión en Aguand</i> (M. C. CARPER)	58

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO

<http://faneditor.hi5.com> / www.myspace.com/editornm

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**

ESN 64340-081008-560539-35

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
RONALD R. DELGADO, ATILIO SERAFINI y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
“EthnoSqueeg” (BÁRBARA DIN)

EDITORIAL

Otro número de **NM**. Un número más, sin grandes sorpresas. Debutantes. Viejos conocidos. Algún cuento a cuatro manos —un estupendo ejercicio, tanto para autores principiantes como consagrados—. Se mantiene la cantidad de páginas. Se cumple con la periodicidad.

Pero, en realidad, hay algo más. Es el 10, número con el que más de un viejo *fanzine* o alguna revista desapareció. Es la entrega correspondiente a *Samain*, el año nuevo céltico, cuando el mundo de los espíritus se entremezcla con el de los simples mortales.

En este último aspecto, cada vez son más los lectores que se toman el trabajo de imprimir la revista, que hacen que ella deje el universo virtual para ingresar al real. En tal sentido, ellos permiten, con ese pequeño rito o ceremonial, que este proyecto adquiera sentido y merezca continuar. Son los druidas que impulsan el devenir.

Por supuesto, también hay otra cosa. Quizá lo más trascendente: todos esos escritores e ilustradores que consiguen que las páginas de esta publicación se vuelvan importantes.

SANTIAGO OVIEDO

Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.3 y Jarte 3.3. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Los archivos PDF se generaron en PDFCreator 0.9.3.

ENSOÑADOR

SUE GIACOMÁN VARGAS

1

Hino Utia apagó con la suela de su zapato el puro, mientras contemplaba a un posible cliente. Se metió las manos en los bolsillos y avanzó con precaución, intentando no ser descarrado. A pesar de que llevaba tiempo vendiéndose, siempre le era difícil el abordaje, la etapa en la que se movía frente a su potencial comprador, y luego, sin saber el resultado de su exposición, esperar paciente, hasta que éste venciera sus miedos, vergüenzas, o lo que sea que le impidiera obtener con mayor rapidez lo que había ido a buscar a los límites de la base espacial.

El tipo se veía tranquilo, y estaba seguro de que le hablaría. Algunas mujeres habían hecho antes lo que él, meneando sus partes; paseando sus culos alterados que prometían placeres anormales, y el hombre ni siquiera había bajado un instante los ojos para verles las tetas. Así que, dos opciones: o el sujeto era ciego, o estaba buscando que lo enfundaran. Y

en lo segundo Hino podía sentirse experto.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, se recargó en la pared y le clavó la mirada paciente hasta que el hombre le correspondió. Era un tipo rígido, de nariz pronunciada, más joven que él. Basado en su experiencia analizó los gestos, y supo que era tímido, aunque cuando las pupilas se encontraron el hombre no desvió la mirada. Hino pensó que no le tomaría tanto tiempo como había pensado.

—¿Viste algo que te interese? —cuestionó. El otro no respondió de inmediato.

—A... aún no...

Silencio. Hino fue paciente. A veces era mejor dedicar algo más de tiempo a un comprador potencial que abordar a varios de los que no se tenía certeza. Sacó dos puros de odle y ofreció uno al desconocido.

—No... No, gracias —contestó éste con dificultad. El tartamudeo era buena señal; la mayoría de los que buscaban sus servicios sufrían de aquellos trastornos de autoestima—.

La, la, las drogas no autorizadas son pe, pe, peligrosas para la salud.

Se guardó uno y le prendió fuego al otro. Fumó tranquilo unos segundos.

—Espero que no te moleste que te lo diga, amigo —dijo Hino y le sonrió—, pero se nota que no vienes por la mercancía barata. Se nota que vas por algo más...

El rostro del sujeto se iluminó.

—E... er... ¿eres un ensoñador?

Hino Utia miró alrededor nervioso y cuando se cercioró de que nadie se interesaba en sus asuntos arrastró al hombre lejos de la luz de los arbotantes.

—¿Estás loco?! —dijo con la voz hecha una contradicción; grito y susurro a la vez—. ¡No puedes decir eso en voz alta! ¿Quieres que nos encierren?!

—Pe, perdón —se excusó. Siseando, preguntó de nuevo: —¿Eres u, u, un...? —

—Es obvio que sí.

Mientras su cliente sacaba su cárdex, Hino, acostumbrado al procedimiento, tomó una pequeña portátil de transferencias que traía escondida, junto con su propio cárdex que insertó a un lado. Luego le arrebató al otro su tarjeta y la puso en dirección opuesta. Transfirió la cantidad reglamentaria: 3.000 números. El placer no era barato. Finalizado esto, le devolvió su cárdex a su dueño.

—Sígueme —le dijo.

2

La ensoñación no era cualquier cosa. El gobierno podía argumentar

peligros y desazones, pero Hino jamás se topó con un cliente insatisfecho. Incluso consideraba que era ilegal injustamente, si se permitían un montón de sustancias que aniquilaban neuronas en masa. De unos periodos a la fecha el gobierno gastaba cantidades exorbitantes de números con tal de dar caza a los ensoñadores, y muchos compañeros de profesión habían sido atrapados; *pobres descuidados*, pensaba Hino. Luego, los necios se resistían al arresto, por lo que perdían la vida; eso sí que era una total estupidez. Las leyes aún eran suaves con los delitos de ensoñación, así que en unos periodos se estaba libre de nuevo. No había necesidad de ponerse en contra de los soldados.

Hino condujo a su cliente a un centro de hospedaje de poca monta, donde tenía ya preparada la habitación. Subieron a pie hasta el tercer piso, porque el elevador no funcionaba. El lugar era hediondo, y siempre le divertía mirar la cara de sus delicados huéspedes que, acostumbrados a la pulcritud y al orden, miraban con terror las paredes sucias, manchadas de sangre seca. Incluso recordó a uno que rodó por las escaleras sólo porque tropezó y no quiso tocar el pasamanos. Casi siempre entraban a tumbo al cuarto aliviados, sólo porque su interior era menos nauseabundo. Pero su actual cliente parecía ajeno a esos sentimientos.

Cuando ambos estuvieron dentro cerró con seguridad. Luego fue hasta una mesilla donde tenía varios alcaloides y un cuenco. Tomó un frasco con

líquido azul, otro verde y otro negro y los mezcló sin cuidado. Después tomó un inyector osmótico sucio y lo llenó con la sustancia. Se tornó hacia su huésped que permanecía de pie, aún cerca de la puerta.

—¿Cómo te llamas? —lo cuestionó.

—Po... ¿por qué?

—Curiosidad.

—Pre... prefiero no decir mi nombre.

—De acuerdo. —Le sonrió con malicia y sin aviso puso el inyector contra su brazo, que estaba descubierto. Observó el rostro, primero asustado y luego relajado; la pupila se dilató, la sustancia se abrió paso. Lo ayudó a sentarse en el suelo. Después sacó dos aparatos: medias esferas idénticas, los famosos lectores cerebrales. Pequeños, del tamaño del dedo pulgar. Le colocó uno a su cliente en la nuca. Al mirar la piel del cuello notó que ésta estaba lastimada.

—Ah, veo que no es la primera vez...

El tipo no contestó. Hizo una pequeña exclamación y luego tocó el lector asido a la carne.

—Cuidado —le advirtió Hino—. No lo mueva; es peligroso.

Su cliente afirmó con un gesto sin retirar de inmediato la mano de su nuca. Unos segundos después Hino se sentó frente a él. Respiró hondo, relajó sus músculos. Cuando se sintió listo, buscó con las yemas detrás de su cabeza el lugar exacto y se puso el otro lector, sofocando un pequeño grito de dolor al contacto.

Un segundo... y ya estaba dentro...

Abrió los ojos; de tener menos experiencia pensaría estar en el mundo real, porque sus manos, su cuerpo y las cosas a su alrededor, parecían sólidas, verdaderas. Por supuesto, si se era más observador, comenzaban a dispararse diferencias: colores más brillantes, líneas definidas y móviles. Objetos que aparecían a medida que se recordaban. Sólo existían aquellas cosas que se recordaba haber visto. Sumergido en el pre-consciente, donde el universo se reducía a lo relevante según el proceso de atención, no tenía más opción que aceptar sus designios. Por supuesto, ya no estaba jugando con sus reglas y, por más que se repitiera el proceso, siempre sentía ansiedad cuando comenzaba.

Se levantó pesado, torpe. No podía medir las distancias y se tropezó al primer paso. Lo intentó de nuevo. Uno, dos, tres, arriba...

Era como ser un bebé, redescubriendo, analizando. La luz se percibía de forma distinta. Los colores no eran los mismos, y no se podía precisar del todo por qué. De alguna manera el verde seguía siendo verde y al mismo tiempo no lo era más.

Y también estaban los olores. Alguno, jamás captado, entraba a sus fosas, balanceándose dudoso, atando similitudes lógicas desesperadamente.

Fue hasta la mesa donde yacían frascos de químicos, buscando con premura algún alimento para probar su sentido del gusto. Se hizo hacia atrás y admiró la mesa. Había algo raro en ella... Luego todo se hizo un

revoltijo hasta el punto del abatimiento.

Salió de la habitación.

Bajó con cuidado las escaleras, cautivado aún por esa nueva forma de percibir el mundo. Las personas que le pasaban cerca lo miraban extrañados, mientras él se esforzaba por controlar mejor sus extremidades.

Poco a poco respiró tranquilo, de jó de tropezar a cada paso y se acostumbó. Asimilada la experiencia, buscó otros estímulos.

Una frontera estaba próxima: las hembras que había visto antes sin interés. Se acercó a una de ellas, la tomó de una muñeca y la jaló hacia el callejón, donde otras veces antes la había disfrutado. Hizo a un lado la escasa ropa y la embistió con fuerza, una y otra vez; conocía aquella carne... No, era la primera vez... No, la había poseído ya en otras ocasiones... No importaba, cuando llegaba el término en agonía y goce, y le explotaba dentro. Descanso... Respirar...

Se separó de la chica y se dirigió a la calle. Comida. Comida...

Fue hasta un pequeño puesto donde vendían carne condimentada con especias en pequeños bultos. Sacó su cárdex, para que se le descontaran los números correspondientes, y engulló el alimento con prisa. El sabor fue glorioso.

Ahora estaba más cómodo y recordaba lo que de verdad quería experimentar, más allá de lo mundano y lo corriente. Fue hasta un transporte público y tomó rumbo a su casa. La noche estaba entrada.

Al llegar pensó que el sistema no le dejaría pasar, pero tras la identifi-

cación genética la puerta se abrió. En el primer piso de su casa había una pequeña sala recepción, una barra al fondo con sillas y la proporcionadora de alimentos. Pasó de largo hasta un pequeño estudio con escritorio, y al llegar a él sacó de un cajón una cuerda áspera. Escuchó la voz de su mujer en el segundo piso y sonrió.

Subió las escaleras, sigiloso. Apretó en su puño la cuerda a medida que entraba al dormitorio. Su mujer estaba plácida, sentada al borde de la cama. Cuando volteó a mirarlo se puso de pie, asustada. Le preguntó quién era; le preguntó qué hacía ahí...

Él fue hasta ella con encono y envolvió su cuello con la cuerda. Forcejearon hasta caer al piso y con su cuerpo encima soportó los pataleos inútiles, mientras la presión alrededor de la garganta le negaba la respiración. Los ojos desorbitados, bañados en terror, suplicaban en todo momento y poco a poco fue cediendo hasta que se quedó tranquila... muy tranquila.

El corazón le latía de prisa; sonrió tímido al principio, intentando ser consciente de lo hecho. La sensación maravillosa al levantarse y verla ahí, con esa estúpida expresión congelada para siempre en su rostro... Empezó a reír y después su alegría se trastocó. Lo invadió una gran desazón, un sentimiento horrible. Volvió a postrarse sobre el cadáver y la abrazó con un nudo en la garganta. ¿Qué había hecho...?

Hino abrió los ojos con la respiración acelerada. Se tocó la nuca con la mano temblorosa y separó con cuidado el mecanismo. Luego fue hasta

su cliente, cuyo rostro lagrimeaba a ojos cerrados, como si estuviera perdido en una pesadilla. Lo movió con cuidado y le quitó el lector. Esperó un poco. El hombre recobró la consciencia como un niño indefenso y confuso.

—Oh... —gimió primero, y luego agregó—: fu, fu, fue tan real. Pero, no fue real, ¿verdad?

—No. Por supuesto que no —contestó Hino.

—Que, que, qué bueno, porque de pronto supe que... que no quería hacerlo...

—Claro. Eso pasa todo el tiempo.

Lo ayudó a levantarse. Normalmente después el cliente se iba. Sin embargo, éste aún no parecía listo para marcharse.

—Tengo trabajo que hacer —le dijo Hino—; siéntase en su casa. Dejo la puerta abierta sin seguridad, para que usted parta en cuanto lo desee.

—Gracias —fue la única respuesta del hombre.

4

Hino volvió a la calle, en busca de alguien más. La última ensoñación lo había dejado agotado. Había sido desagradable, pero así era el trabajo. Algunos deseos eran fáciles y otros le provocaban temblores en las neuronas. Últimamente todos le molestaban, señal —tal vez— de que se estaba haciendo viejo.

Lanzó un suspiro de cansancio y volvió a tocarse la nuca.

Mientras caminaba por la calle una idea seria tomó forma. Se retiraría. Por supuesto, tenía lo suficiente para vivir de forma holgada, y estaba can-

sado de las mentes extrañas con fantasías enfermas. Estaba cansado de ser usado. Así como las prostitutas de la esquina, él no era distinto a ellas. Pero esas dos mujeres no ganarían jamás lo suficiente como para abandonar las calles, y él sí podía hacerlo. Las observó con indiferencia mientras caminaba cerca; ambas conversaban en la esquina. Una de ellas lo interceptó con los brazos cruzados.

—Te has vuelto un patán —le dijo. Hino se le quedó mirando con extrañeza—. Estoy acostumbrada a que me traten como basura, pero creí que por lo menos tú no eras un completo korga.

—¿De qué hablas...?

—Me arrastraste al callejón y lo hicimos, y luego, como si me hubieras preguntado la hora, te alejaste...

—Un momento —sintió que la sangre se le helaba. No, no era posible. Una ensoñación... cerraba con seguridad la puerta... La puta quería engañarlo... —¡Dime la hora en que pasó!

Ella se asustó por el cambio repentino de tono.

—Hace unas horas. Fue después de que bajaste de tu habitación por segunda vez. Luego de tu primer cliente...

—Y él ¿ya se había marchado?

—Sí, sí. Te despediste como siempre y luego regresaste con una mirada rara; fue cuando nos metimos al callejón y...

Hino se alejó de ella corriendo y volvió a su habitación. Cerró con seguridad. Sentía el sudor recorriéndole la nuca, desde las cicatrices imprecisas, resultado de su trabajo, hasta la

espalda. La computadora de la habitación le diría la verdad. En los registros de entrada y salida encontraría que sus preocupaciones eran infundadas...

Todo lo contrario.

Ahí estaba; el sistema no mentía. Había entrado y salido una hora después, para permanecer fuera de la habitación por cerca de tres horas. ¿Qué había hecho en ese tiempo? Si en la ensoñación había fornicado con la prostituta, y luego lo había hecho en la vida real...

Corrió hasta un transporte público. Reconoció fácilmente el camino que lo llevaría a la residencia del cliente y sintió un escalofrío. La entrada de la casa estaba llena de soldados y agentes sociales. Tragó saliva y desvió sus pasos. Alcanzó a reconocer al hombre que lo había visitado; con el rostro compungido gritaba y hacía aspavientos. Hino tuvo un instante de lucidez, y se dio la vuelta. Todo era cierto. Y eso significaba que la mujer de aquel hombre estaba muerta.

Regresó a su habitación. Reunió los aparatos, los químicos y los cárDEX falsos, mientras intentaba idear un plan de escapatoria. Al tomar uno de los lectores cerebrales, el que se colocaba en la nuca del cliente, notó que uno de ellos tenía un diminuto chip rojo.

Hino lo comprendió todo. De golpe... Una trampa. Había sido una

trampa. Recordó al cliente tocarse la nuca. "Cuidado. No lo mueva; es peligroso...". El sueño del cliente había sido su sueño. ¿En qué momento dejó de ser la mente guía...?

No había tiempo. Los soldados llegaron; escuchó el golpe de las botas contra el piso del corredor. Destruyeron la puerta.

—¡No! —gritó Hino.

Pronto tuvo un arma frente a su nariz. Levantó de inmediato los brazos en señal de sumisión. Observó por el rabillo del ojo que de un disparo destruían el visor de seguridad.

—¡El sujeto es peligroso y se está resistiendo al arresto! —dijo uno de los soldados.

Hino quiso reclamar que no era cierto, pero una patada le sacó el aire de los pulmones.

—¡Es imposible controlarlo! —escuchó decir a otro.

El sonido de la energía llenando las armas impactó sus tímpanos en una nube oscura. Los otros soldados dispararon contra las paredes cual si se estuvieran enfrentando a un ejército.

—¡Noooo...! —gritó Hino, desesperado.

Un golpe le cerró la quijada seguido de otro que le cerró el pensamiento.

De nuevo la voz del soldado: —¡No nos deja otra opción...!

© SUE GIACOMÁN VARGAS, 2008.

SUE GIACOMÁN VARGAS
(Estados Unidos Mexicanos —1977—)

Con su cuento *Ashegnamé* (NM 2) ganó el I Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (<http://premiointernacional.blogspot.com>). También publicó *No lo hago por el sabor* (NM 4).

EL CARTAGINÉS

LAURA PONCE

Mi pueblo natal, Zama, ubicado en las polvorientas tierras bajas, era una aldea que moría. Las caravanas ya casi no se detenían, los pozos se estaban secando; no había futuro. El tiempo pasaba lentamente y la monotonía era como ese polvo fino y seco que traía el viento: a veces te secaba tanto la boca que no te dejaba respirar. Lo único que uno podía hacer para mantener mínimamente la cordura era contar o escuchar historias, y muchas de ellas provenían de Urbys. Los caravaneros de esta ciudad legendaria eran bien conocidos por proveer las más interesantes, y los grandes nombres de sus sitios y personajes resonaban todo el tiempo en mi mente. Nadie conocía esas historias como yo, Kerkowuane, y a todos les pareció perfectamente natural que tan pronto como resultó posible me embarcara en el largo y potencialmente peligroso viaje. El viaje fue largo y lleno de infortunio, sí, pero debo decir que valió la pena.

Recuerdo que llegué a Urbys en verano. Me alojé en el Hostal de la

señorita Sevrenko, un modesto hostel ubicado a la vuelta de la estación Tragondo, sobre la Diagonal de las Tormentas. Lo de modesto se refiere a su categoría y no a su tamaño, ya que se trataba de un edificio enorme e irregular, seis pisos por escalera. Evidentemente en algún momento había sido un fino exponente de la más clásica arquitectura, pero desde entonces había crecido en forma caótica y antojadiza, sumando cuartos y pasillos, pisos enteros. Había escaleras que terminaban contra el techo, corredores que iban hacia ninguna parte. Mis recursos eran limitados de modo que sólo pude pagar por una de las habitaciones del altillo. Difícilmente podía estar de pie allí; era húmeda y oscura, con una cama como todo amoblamiento. Pero al abrir la minúscula ventana contemplé la vista de la ciudad magnífica, sus calles y edificios, el trajín de su gente alegre y bullíciosa, y me sentí el hombre más afortunado del mundo.

De inmediato me di a la tarea de recorrerla. Desde luego, la ciudad inun-

dó mis sentidos precedida por su fama y dejé que la satisfacción de encontrarme en ella me llenara por completo. La Casa del Pozo, el bar de San José 5, todos los lugares que siempre había ansiado conocer, estaban por fin a mi alcance... Sin embargo, al pasar los días y transitar sus calles me fue invadiendo el desconcierto. Los edificios no lucían tan grandiosos ni se percibía en ellos el peso de la importancia o el brillo del ingenio humano que su fama les atribuía. Además, progresivamente, fui sintiendo que me hallaba, como dijo el poeta: “Solo, en un mundo de amantes”. Comprendí abatido que Urbys era lo que era: una ciudad hermosa cargada de historias, pero nada más que eso. Lo que yo buscaba no estaba allí; no había sitio para mí en ella. Otra vez estaba perdido frente a un incierto destino.

Entonces un sonido quejumbroso llamó mi atención.

Estaba en ese momento en la Calle de los Aromas, entre el Paseo de la Guardia y la Calle de las Mercancías, y el sonido provenía del otro lado de la calle, de un anuncio mecido por el viento cerca de la esquina. Era un cartel de madera que colgaba de un par de cadenas oxidadas y tenía pintado el símbolo del ojo que todo lo ve. En el vidrio opaco de la tienda rezaba: “Para el que ha perdido toda esperanza”. No pude evitar sentir un escalofrío y me pregunté si se trataría del Cartaginés, aquel mítico adivino del que tanto había oído hablar. Hay cosas con las que no se juega; lo sé bien. Pero me encontraba ya resuelto a probar la valía de una última leyenda y, caminando a prisa, crucé la calle

bajo el poderoso sol del mediodía. La puerta era pesada y me costó un poco abrirla; el sonido de la campanilla me sobresaltó. Mis ojos tardaron un instante en acostumbrarse a la penumbra fresca y me convencí de que aquellos puntos luminosos que veía revoloteando en el techo de la estancia eran producto de ese esfuerzo desesperado por hallar luz en las tinieblas. De todos modos, había algo lúgubre allí. La tienda parecía abarrotada de objetos extraños, los anaqueles llenos de frascos y frasquitos, las paredes cubiertas de adornos perturbadores, y súbitamente me sentí muy incómodo en ella. Ya me había vuelto y tenía la mano sobre el picaporte, listo para largarme, cuando percibí un movimiento a mis espaldas. El cortinado ricamente bordado se había movido con un siseo.

—¿Qué sucede? —preguntó una voz—. ¿Renuncias a conocer tu destino?

Se trataba de un hombre delgado, de cabello blanco y hablar pausado. Tenía unos ojos oscuros, pequeños y vivaces, que de inmediato se clavaron en los míos. Había algo malévolo en ellos, algo que parecía conocer demasiado bien las debilidades del alma humana. Comprenderán que no pude irme.

Detrás del cortinado había una mesa pequeña con dos sillas bajas y me indicó que tomara asiento. Lancé una risita nerviosa frente al cliché pero el hombre ni siquiera se volvió. Trajo una jarra labrada y un recipiente que colocó sobre la mesa, frente a mí; murmurando rezos inteligibles, llenó el recipiente con un líquido oscuro pro-

veniente de la jarra. La superficie del líquido se fue aclarando lentamente y las cosas comenzaron a reflejarse en ella, pero mi rostro aparecía como un contorno vacío, una región sin ojos ni facciones, un hueco profundo y sombrío. El hombre me observó arqueando una ceja. Vio que yo sonreía con tristeza; quizá con pudor, casi con resignación.

—Vuelve esta noche —me dijo—. Tendré algo para ti.

La tienda lucía aún más lúgubre por la noche. La llama que se agitaba dentro de una lámpara de papel desfiguraba las máscaras de los muros; sombras confusas resbalaban por los anaqueles y se amontonaban en los rincones, como si criaturas sin nombre aprovecharan la ausencia del día para confabularse. Y sin embargo la gente no dejaba de llegar. La campanilla en la puerta sonaba una y otra vez. Los clientes procuraban ser discretos, mirando en torno antes de entrar, susurrando sus pedidos, yéndose casi a hurtadillas. Yo no deseaba inmiscuirme en sus asuntos; me mantenía a un costado simulando gran interés por el contenido de este exhibidor o aquel estante, pero no pude dejar de notar que todos parecían llevarse lo mismo. Era algo que cabía en la palma de la mano y brillaba en la oscuridad.

Pasaba de medianoche cuando le puso el seguro a la puerta y me indicó que lo siguiera. Atravesando la salita que había después del cortinado y otra modesta estancia, llegamos a la trastienda. El inconfundible instrumental de un alquimista estaba

allí a la vista. Había libros por doquier y complejos esquemas cubrían los muros con anotaciones en un idioma que me era desconocido. Sobre una gran mesa estaba montado el equipo de destilación y un líquido espeso, fosforescente, goteaba de la serpentina. El Cartaginés mojó su dedo en el líquido y me lo pasó sorpresivamente por los labios. El líquido era dulce y parecía transmitir pequeños choques eléctricos a mis sentidos. Sonrió. Luego se dirigió hacia un gran aparador y abrió las puertas; dentro pude ver frascos y frascos donde aleteaban mariposas de color verde fluorescente.

—¿Por qué me muestras esto? —pregunté.

Extrajo uno de los grandes frascos y observó a las mariposas revoloteando en su interior.

—La esperanza puede ser un estímulo muy poderoso —dijo—; algunos harían lo que fuera por volver a saborearla. Pero para poder dejarse arrastrar por ella deben abandonar los temores y dejar atrás el dolor. Y sin embargo no pueden tan sólo olvidarlos; los necesitan de tanto en tanto para recordar de qué huyen. Es aquí, en esta tienda, donde ellos depositan sus temores, Kerkowuane: los dejan a nuestro cuidado.

—¿Por qué me muestras esto? —repetí.

—Porque llevo demasiado tiempo en el negocio, muchacho. Y ya estoy cansado —respondió. Supe que diría a continuación incluso antes que comenzara a mover los labios: —Necesito un sucesor.

Recordé lo que había sentido aquella tarde, lo que de algún modo había percibido en la penumbra, lo que podía presentir al acecho incluso en ese mismo momento. Se me aflojaban las piernas de sólo pensar en quedarme en esa tienda un instante más; la sola idea de permanecer allí día tras día era simplemente... Sin embargo, poco a poco esa idea dejó de parecerme tan terrible. Después de todo, quizá ése era mi destino, lo que yo había venido a buscar... Tal vez debía considerar

un poco más su oferta... Me pareció que comenzaba a ver todo a través de ojos nuevos y casi no comprendí por qué el Cartaginés me sonreía de aquella forma. Vi que se quitaba el manto bordado y lo dejaba sobre una de las sillas de camino hacia la puerta. Se volvió antes de salir y dijo: —Recuerda que tú eres el Cartaginés ahora —y señalándose los labios agregó—: no abuses de ella.

Nunca lo volví a ver.

© LAURA PONCE, 2005.

Laura Ponce

(Argentina —Buenos Aires, 1972—)

Escribe desde la adolescencia y en los últimos años se dedicó a la ciencia ficción.

Lo primero que publicó fue *Rompiendo el silencio*, un cuento corto aparecido en la antología “Relatos andantes” (Bs. As., Dunken, 2005). A partir de entonces colaboró regularmente con revistas electrónicas y de papel. Participó del especial “Lo mejor de la ciencia ficción argentina” (**Alfa Eridiani**) y en la revista **El Navegante** publicó *La voz de Quaremyr*, escrito en conjunto con NÉSTOR DARÍO FIGUEIRAS.

Su relato *La Ciudad del Domo* recibió una mención honrosa en el Concurso Coyllur 2006 y *Sidgrid* una mención especial en el VII Concurso de Relatos “El Melocotón Mecánico”. *La mancha* fue seleccionado para participar de la antología “Fabricantes de sueños 2008”.

Actualmente trabaja en una serie de cuentos de ciencia ficción llamada “Relatos de la Confederación”, algunos de los cuales se publicaron en las revistas **Cuásar**, **Axxón**, **Alfa Eridiani**, **NGC3660** y **Velero 25**.

El cartaginés apareció por primera vez en marzo de 2005 en la sección “Urby”, de la revista **Axxón**.

QUEMAR A MADRE

RICARDO G. GIORNO

Joel maniobra para abrir el portal y sale al exterior. Lo saluda el sol cálido y la suave brisa le produce sensaciones placenteras. Permanece parado un momento frente a un inmenso campo verde salpicado de flores y limitado al fondo por una hilera de álamos. Inspira profundamente. Sonríe.

Hace un montón de años que no sale del refugio. Se sienta sobre el pasto. ¿Cómo podrá sobrellevar la nueva situación? Todavía no está seguro y el simbolismo del momento se le escapa.

Sabe que Madre permanece adentro. En realidad, lo que queda de Madre. ¿Por qué llegó él a esta decisión? La respuesta surge de inmediato: fue a consecuencia de la película.

Joel recuerda una vez más su afición de antaño. De pronto, en la soledad de la compañía silenciosa del refugio, le habían venido ganas de recordar aquellos días. Entonces le pidió a Madre que le dejara ver una película. Le rogó. Le imploró. Madre

indagó dentro de Joel, pero no pudo encontrar nada riesgoso. Es que Joel sabía cómo esconderle cosas a Madre. Igual, ella se negó. Él volvió a suplicar sin resultados, por lo que dejó de atender a los hermanos y además no probó alimento. Madre se encolerizó. Lo castigó con imágenes de angustia, de desazón, de pánico. Al no obtener respuesta lo azotó con los tentáculos. Pero Joel se mantuvo firme.

Cerca, una paloma picotea cosas que sólo ella puede ver. Tan al alcance de Joel, que se siente tentado de acariciarla. ¿Cuándo fue la primera vez que se había puesto firme con Madre? Sin duda apenas se conocieron. La paloma vuela hacia los álamos y Joel hasta su niñez. Se mira las manos: sí, en aquel entonces era muy chico. El día anterior al encuentro con Madre, papá y mamá le habían festejado su cumpleaños número once. La terraformación marchaba bien. En el pueblo se palpaba felicidad.

Se pone de pie y camina hacia los álamos. Le gustaría estar paseando

con papá, que él le apoyase la mano sobre el hombro mientras le contaba sobre la terraformación, sobre que ellos eran colonos, sobre los esfuerzos que se trocarían en bienestar. Sí, claro que le gustaría estar con su papá, con su verdadero papá. No con esa máscara que a diario tiene que cuidar. Le resulta imposible acordarse de la causa de la pelea con papá el día posterior a su cumpleaños. Sólo que fue el día en que conoció a Madre. ¡Y qué distinta había resultado Madre de mamá!

Al finalizar la hilera de álamos comienza un bosque y detrás de él, se levanta el pueblo. Aunque desde que se internó con Madre en el refugio jamás volvió al pueblo, ¿cómo olvidarlo?

De pronto voltea hacia el portal. Percibe un tironeo interior: ir a visitar el pueblo o quemar los restos de Madre para que no reviva.

Opta por lo último. Un nudo en el estómago lo devuelve al momento cuando se puso firme con lo de la película. Muy firme. Y que Madre había tenido que acceder. Y que él había ido hasta la terminal del refugio. Y que había tecleado la lista de películas guardadas en memoria. Y que, con Madre siempre atenta, había vuelto a repasar el listado: muchas conocidas, muchas no. Y que, ansioso por escoger, pues sabía que Madre no permitiría que lo hiciese de nuevo por un tiempo, se había topado con una película cuyo nombre lo impactó:

“*La fiera del mar*—1955—. Dirección: Robert Gordon - Idioma original, sin subtítulos”.

Elegió ésa. Siempre le había gustado el mar, aunque no lo conocía. Y

por más que no se entendiera lo que se decía, le encantaban la música y las imágenes. Pero lo que se veía era un ser venido del mar que con sus tentáculos destruía todo... ¡Todo!

Con el recuerdo de la película todavía latente, una furia repentina le incendia el corazón. Corre como un poseso hasta el refugio. Asoma la cabeza por el portal. Una lámpara roja mezcla su luz con la claridad exterior. En el suelo, junto a la pared, yace una forma y, sobre ella, arrodillado, un hermano: su antiguo papá. La visión lo tranquiliza.

Madre ha muerto, emite con el pensamiento Joel mientras baja por la escalerilla.

“¿Muerto? ¿Qué es *muerto*?”, recibe dentro de su cabeza.

Camina hasta situarse al lado de hermano-papá.

Madre se ha ido, piensa de nuevo Joel.

“¿Ido? Acá puedo verla. Está quieta”.

Sí. Toma del codo a su hermano-papá. *Madre me pidió que la lleve lejos. Está cansada*.

“Entonces debes hacerlo”. Hermano-papá mira hacia la forma inerte. “Madre se enoja si no se le hace caso”.

Joel frunce la boca mientras emite: *Te conduciré con tus hermanos*.

Siempre tomándolo del codo, lo lleva por los corredores hasta el gimnasio del refugio.

Allí se reúnen los hermanos.

“Joel”, recibe varios pensamientos al mismo tiempo, “Madre no nos habla”.

Él asiente antes de emitir: *Se ha ido*.

“Tenemos miedo, Joel”.

Ya lo sé.

Vuelve sobre sus pasos. Debe ir al pueblo. Ahora se da cuenta de que no puede quemar a Madre dentro del refugio.

Pasa la hilera de álamos. Circunda el bosque.

Queda pasmado mirando el pueblo. Está tal cual lo recuerda, sólo que más chico. Menea la cabeza. Es imposible que el pueblo se haya encogido. Debe ser él. Sí, ahora es más grande; debe de ser eso.

Va hasta su antigua casa y toma la frazada amplia con que se tapaban papá y mamá. Del taller obtiene una cuerda que juzga resistente. Se echa en los bolsillos un par de guantes, una estaca y un martillo.

Camino del refugio opta por rodear el bosque por el otro lado.

Puede ver los restos de la antigua cúpula. La de plexiglás, no la energética que las máquinas crearon después y que se adapta a medida que avanza la terraformación. Ya es un proceso automático. Nada puede detenerlo una vez que supera la cúpula de plexiglás. Papá siempre le contaba eso.

Se queda allí parado, recordando. Fue en la vieja cúpula que había conocido a Madre. Joel reparaba fisuras, pequeños orificios. El día posterior a su cumpleaños número once se había peleado con papá. Entonces, pegamento y herramientas en mano, había marchado lleno de enojo hacia la cúpula.

De lejos, Madre le pareció una roca alargada, con estrías. Esas estrías, lo supo después, habían resultado ser los tentáculos extendidos en

un manojito apretado. La piel correosa, morada y con tintes verdosos. Madre permanecía quieta, justo del otro lado de la cúpula, debajo de un orificio del tamaño de un pomelo. ¡Pomelo! ¡Cuánto hacía que no comía fruta!

Madre había pasado la punta de un tentáculo por la abertura. Entonces, y sin que Madre lo tocara, Joel sintió que le latía la nuca. Luego le vino cansancio, pesadez. Tuvo que sentarse.

Se recostó. Un hormigueo recorrió sus sienes. Cerró los ojos. Se durmió. Cada tanto revive esos sueños. Esos ingratos sueños.

Cuando se despertó, Madre aún seguía allí. Él se puso de pie.

Tócame, retumbó dentro de la cabeza de Joel. Tan fuerte que lo hizo tambalear. *Tócame*, volvió sentir, aunque esta vez la modulación no lo molestó.

En un primer momento no supo qué le estaba pasando, hasta que descubrió que era Madre quien emitía. Aunque ignoraba por entonces que aquello resultaría ser Madre. No tenía boca, pero igual la entendía. Y hasta más claro que a la señora Arias, su vecina.

La punta del tentáculo que Madre había pasado por la cúpula ondulaba como agitado por la brisa.

Joel se sintió tentado de obedecer; sin embargo, se puso firme. Qui-so huir, contarle a papá o a mamá. Madre no lo dejó. De pronto las herramientas cobraron vida. Lo amenazaron. Joel tuvo que retroceder.

Tócame, volvió a retumbar dentro de su cabeza. Se dio vuelta y vio el tentáculo ondulante a escasos centímetros de su cintura. No tuvo más re-

medio que adelantar la mano. Sintió múltiples pinchazos en los dedos y la palma. Luchó para soltarse, pero una fuerza interior retenía su mano. Sí, aquella vez tuvo que ponerse firme con Madre. Reuniendo fuerzas, retiró la mano que sujetaba al tentáculo y salió corriendo.

Vuelve, retumbó de nuevo dentro de su cabeza, haciéndolo trastabillar y caer de rodillas. Se levantó y siguió corriendo.

Vuelve, percibió otra vez, pero más débil. Y así, ese “vuelve” continuó hasta el pueblo. Allí la “voz” se había convertido en un susurro fácil de ignorar.

Sí, ésa fue la primera vez que se había puesto firme con Madre. Joel se mira una vez más la mano. Por la noche de aquel día se le había hinchado tanto que tuvo que contarle a papá y mamá. Y papá y mamá lo habían llevado a ver al doctor Arias. A pesar de todas las pruebas no pudieron encontrarle nada extraño. El doctor Arias le había dicho que la mano estaba hinchada porque el cuerpo luchaba contra algo. Joel sonrío: él jamás dejó de luchar. Se echa al hombro la frazada para poder mirarse la mano con que tocó a Madre. Hubo más análisis, pero habían sido en vano. No pudieron descubrirle nada.

Papá lo subió a la oruga y fueron hasta donde Joel había dicho que había visto a Madre. El agujero como pomelo todavía seguía allí. El pegamento y las herramientas yacían desperdigados. Pero de Madre ni noticias. Papá reparó el orificio y retornaron sin hablar.

Al otro día partió hacia la “zona virgen” —así la llamaba papá— una oruga grande con cuatro investigadores. La oruga retornó por control remoto. De los cuatro no se supo nada.

Antes de ingresar al portal clava profundamente la estaca en la tierra. Se coloca los guantes. Baja por la escalerilla. Despliega la manta al lado de Madre. Consigue hacerla rodar hasta que aparece la punta de la frazada por el otro lado. Primero junta todos los pedazos desperdigados. Los coloca entre los tentáculos. A pesar de los guantes, siente una ligera vibración cuando manipula el cuerpo de Madre. Debe apresurarse. Envuelve a Madre en la manta. La ata con fuerza con la soga. Sube por la escalerilla para salir.

Apoya un pie sobre el metal del refugio y jala de la cuerda. Palmo a palmo. Recuerda que una vez tuvo que sacar a papá del pozo del generador. La escalera había cedido y a papá se le estaba terminando el oxígeno; no había tiempo de pedir ayuda. También allí tuvo que hacer mucha fuerza, aunque lo ayudaron las máquinas. Eso fue antes de encontrar a Madre. Poco antes.

Por fin aparecen las puntas de los tentáculos. Joel va con la soga tirante hasta la estaca y la asegura allí. Pasa por el portal tratando de que la manta que envuelve a Madre no se desate.

Una vez en el piso del refugio, encorva la espalda, flexiona las piernas y carga con Madre. Poco a poco va subiendo la escalerilla. Las piernas hacen todo el trabajo, pero Joel ya se

siente agitado. Por fin Madre deja de pesarle y gira sobre el borde del portal hasta pasar del otro lado. Ahora sólo resta llevarla hasta el pueblo arrastrándola. Allí la quemará.

Después de que la oruga volvió vacía, en el pueblo todo cambió. Joel presenció cómo su papá y su mamá se reunían con los otros grandes y discutían largamente. El doctor Arias afirmaba que habían sido engañados. Que en el planeta había vida, y hasta era muy posible que fuese inteligente.

Cierra con traba el portal. Con la sogá tensada al hombro, arrastra a Madre hacia su destino final. Sin quererlo pasa por el lugar de su segundo encuentro. ¿O realmente quiso venir por acá? Vaya uno a saberlo.

A través del plexiglás, Madre había paralizado a Joel. No es que no pudiera moverse; de pronto no había sentido deseos de hacerlo. Entonces Madre pasó un tentáculo —seguro que ella podía perforar el plexiglás— y la punta se cortó y cayó a los pies de Joel.

Joel la tomó y supo qué debía hacer: por la noche fue hasta lo de los Arias y depositó con cuidado el pedazo del tentáculo de Madre sobre el cuello del señor Arias. Y así comenzó todo.

Joel bordea el bosque y desemboca en el pueblo. Deja a Madre en la plaza principal. Los juegos permanecen relucientes; el pasto, verde y bien cortado, las flores en encendida demostración de su colorido. Eso le da la pauta de que las máquinas de mantenimiento siguen funcionando. Apagar este sector sólo será un problema de tiempo. ¿Por qué tuvo que venir al

pueblo para quemar a Madre? Sabe que las máquinas tratarán de apagar el fuego. ¿No era más fácil fuera del refugio, donde sólo pasto crecía? Entonces le viene a la mente aquella película donde el muchachito regresa a su pueblo y descubre que sus padres habían muerto y que su novia estaba casada con el malo y que el malo, en definitiva, había matado a sus padres. Y entonces el muchachito mata uno a uno a los amigos del malo y en la lucha final la casa del malo se incendia y el muchachito le pega una trompada y el malo cae y se quema junto con la casa. La película termina con el muchachito regando la ceniza de la casa del malo sobre la tumba de sus padres mientras le dice a la que era su novia: “Esto es un tributo a ellos”.

Sí, Joel se siente igual que el muchachito.

Luego del señor Arias le tocó el turno a la señora Arias. Después a otro vecino, y a otro, y a otro. Joel veía a los que les había puesto el tentáculo hacer las mismas cosas que hacían antes, sólo que un poco más lentos, y además le consultaban sobre la terraformación. A él, un niño, le preguntaban. Joel debía ir a informarse continuamente con papá. Al tiempo todo el pueblo tuvo su porción de tentáculo. Excepto papá y mamá.

Baja hasta el tercer subsuelo y se introduce en los conductos de las máquinas. Pronto encuentra la zona encargada del mantenimiento automático del pueblo. Sabe cómo desconectar las máquinas; era lo que primero se aprendía como colono. Joel no quería llevarles el tentáculo a sus pa-

pás, así que se lo ocultó a Madre todo lo que pudo. Pero un día fue rodeado por los vecinos y obligado a llevar dos porciones de tentáculo. Se mira las manos. Con esas manos, Joel había depositado en la garganta de papá y mamá una porción de tentáculo. Después, con el control de su parte, Madre eligió. De todo el pueblo se quedó con seis. Uno de ellos había sido su papá.

De vuelta en la superficie pasa por el almacén y toma una ampolla de plasma.

Por fin se enfrenta a lo inevitable: Madre permanece envuelta en la manta, atada con la sogá y él debe decidirse. Se pone de nuevo los guantes, corta la sogá y desenvuelve a Madre. Descorre el seguro de la ampolla de plasma antes de depositarla sobre Madre y sale corriendo.

Desde el balcón de su antigua casa recibe un pulso en la nuca que lo deja tenso. Aunque son los primeros síntomas de la vuelta a la vida, ya es tarde para Madre. Ve un destello en blanco nívoo y una zona de varios metros se expande, parpadea y se licua. Pronto le llega el calor. No es bueno ver trabajar al plasma, pero no puede evitarlo.

Recostado en su antigua cama, las lágrimas comienzan a brotar para luego convertirse en un llanto desolado. Todos estos años en los que le pareció que dormía un sueño en cámara lenta, se agolpan sobre su memoria y el niño que una vez fue llora... y llora... y llora. Ve los ojos de papá y mamá en la mañana siguiendo a la noche en que les colocó el tentáculo y una nueva catarata de

llanto lo ataca. Se mira las manos, manos grandes, de adulto, pero se siente como el chico que acaba de cumplir once años y se ha peleado con su papá.

Hasta que el cansancio lo vence.

Se despierta con hambre. Pero es un hambre desconocida. No sabe qué le sucede, y gira en la cama sin deseos de levantarse. Mira su piel: llena de venas. Se levanta y nota que las piernas le pesan, y que tampoco puede mover los brazos como está acostumbrado. Había pensado en ir a ver una película, pero recibe algo que lo paraliza: “Madre”, resuenan varias voces en su cabeza, “tu alimento”.

Sale al balcón y ve a sus hermanos. ¿Lo llamaron Madre a él? Una sospecha lo hace correr hasta el baño y conectar el holoespejo: ya no es Joel. La piel correosa, morada y de tintes verdosos, se parece demasiado a la de Madre. Algo le estuvo sucediendo mientras dormía y, si bien en un principio no lo comprendió, ahora toma consciencia de que se está transformando. De que se está transformando en Madre. ¿Él, a fin de cuentas, era un reaseguro si por alguna circunstancia ella moría definitivamente?

Baja al encuentro de los hermanos. ¿Cómo habrán salido del refugio por sí solos?

“Madre”—recibe de nuevo antes de abrir la puerta—. “Tu alimento”.

Apenas los hermanos lo distinguen, se abren las ropas y dejan al descubierto un pequeño tentáculo con un orificio en la punta que les sobresale del abdomen.

A Joel lo ataca el hambre, un hambre irrefrenable: la primera comida co-

mo Madre. Entonces levanta la vista y ve los ojos apagados de papá, y recuerda cuando lo tomaba del hombro y le contaba que ellos eran colonos, que luego de un gran sacrificio verían los beneficios, y que su papá lo hacía todo por él, por Joel, por su futuro.

Y aquí estaba Joel, transformándose en Madre. Intuye que si prueba el alimento la conversión será definitiva. Entonces emite: *Aquí no me alimentaré; tengo un nuevo refugio.*

Antes de montar la oruga, pasa nuevamente por el almacén y toma otra ampolla de plasma.

Una vez instalados en la oruga, poco a poco va recordando los controles. Por fin, parten hacia la zona virgen.

Recostado sobre el asiento, Joel contempla desde la zona virgen la terraformación. Ya vendrán colonos, pero no serán él ni su papá.

“Madre” —recibe de nuevo—. “Tu alimento”.

No puede llorar siquiera.

Apenas le quedan fuerzas para sacar el seguro de la ampolla de plasma.

© RICARDO G. GIORNO, 2008.



RICARDO GERMÁN GIORNO
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Casi podría hablarse de un colaborador permanente de **NM** (*Sólo trabajo* —# 1—; *Gómez y Ricuti* —# 3—; *Las moscas son las primeras en darse cuenta* —# 5—; *¡Oh, el fútbol!* —# 8—). En esta ocasión, participa con un cuento de más largo aliento de lo que nos tiene acostumbrados.

PASCUALIÑO Y PERICÓN

ADRIANA ALARCO DE ZADRA

Su cuerpo redondo se llenaba de ojos. Le saltaban hacia afuera y parpadeaban, sin que pudiera impedirlo. Parecían pequeños chinchones que lagrimeaban por todo el cuerpo. Pascualiño estaba cambiando minuto a minuto.

No es que en este mundo todo se transformara. Él había deseado ver, observar, mirar, divisar y al cabo de un rato tuvo que quitarse el traje pues los minivolcanes que brotaban en su cuerpo, brincando y parpadeando, le producían escozor. ¿Y si tuviera que echarse colirio en todos esos ojos? La cabeza se le estaba hundiendo entre los hombros redondeados y sus brazos parecían dos piltrafas colgando a los costados. Para no hablar de las piernas adelgazándose tanto que pronto no podrían sostener ese cuerpo cada vez más rechoncho y más impertinente. ¿Cerraría todos los ojos al dormir o solamente unos cuantos? No entendía lo que le estaba ocurriendo.

Caminó por la calle observando, diviso, distinguiendo, percibiendo todo desde una perspectiva diferente: los tranvías aéreos viajaban a una rapidez

tal que eran como manchas en el horizonte; los nuevos inquilinos de la ciudad que llevaban casco metálico sobre un traje metálico y armas metálicas y dirigían el tráfico sufrían de una prepotencia irrefrenable y exagerada; los increíbles motocicletos zumbadores aparecían y desaparecían en cada esquina como un viento huracanado; las pantallas gigantes que cubrían las paredes de los edificios continuaban su búsqueda infinita de seres indisciplinados, incómodos o rebeldes a través de sus ojos electrónicos. Todo seguía igual. Sólo Pascualiño estaba evolucionando.

Sin saber qué hacer, corrió hacia su edificio, subió a la habitación, apretó el botón amarillo y se abrió la puerta hacia arriba descubriendo una plancha de metal en la entrada. Saltó a la plataforma y la abertura se cerró con un golpe seco. Estaba otra vez en su pequeño cubículo. El tubo por donde enviaban alimentos de la central olía raro. Desde el resquicio de los desperdicios provenía un mal olor que lo obligó a abrir la válvula del ambientador para que aspirara por el techo polvo, sudor y lágrimas. No que-

ría tener más olfato y lo deseó con tal vehemencia y antojo que al poco rato no olfateaba más nada a su alrededor, ni siquiera el olor a quemado que provenía de los tubos periféricos del edificio por donde aspiraban y quemaban todo tipo de volátiles y bichos inoportunos, y que era insoportable generalmente. Ya no husmeaba ni olisqueaba.

Las paredes metálicas de su refugio le mostraron su figura. Se miró con sus cincuenta ojos. Era extravagante y horrosa. Rechoncha y cubierta de ojos enormes que parpadeaban, semejaba un monstruo de la pesadilla más espantosa. No podía seguir mirándose porque se asustaba y, además, se dio cuenta de que veía a través de la pared lo que sucedía al otro lado. ¿Estaba dotado de visión a rayos o cómo es que percibía todo lo que acontecía a su alrededor a través de las paredes? Observó a su vecino Pericón, que se movía en forma extraña dentro de su propio cubículo, y lo llamó por el auricular. Le contestó con gemidos, lamentos y susurros. No podía más. También el vecino estaba cambiando de forma: crecía como un globo inflado mientras disminuía su cabeza escondiéndose entre los hombros y se alargaban brazos y piernas hasta convertirse en elásticas prolongaciones de su cuerpo redondo. Pero no eran ojos los que le aparecían entorno, sino bocas. Había sido demasiado voraz, le comunicó, goloso y trágico, por lo que deseó tener tantas bocas para saborear, gustar y morder todo lo que pudiera ser comestible.

Con su nueva visión a rayos, Pascualiño lo vio quitarse a mordiscos el traje protector y transformarse en un ser lleno de bocas que masticaban, babeaban, sacaban la lengua y se relamían. Estaba muy extrañado por estos sucesos incomprensibles. ¿Que estuvieran hipnotizándolos a través de esas pantallas buscadoras gigantes con ojos electrónicos? ¿Que les hubieran suministrado drogas desconocidas por medio de los alimentos que llegaban por el tubo repartidor a cada cubículo? ¿Que el aire que respiraban estuviera lleno de minúsculos bichos alucinógenos que los hubieran picado y todo fuera un sueño o una alucinación?

Decidió conversar con su vecino cara a cara, ojo a boca, y aclarar el asunto.

Salió Pascualiño de su recinto y con un dedo cada vez más delgado, más largo, más maleable tocó el botón amarillo de la puerta de su vecino que se abrió hacia arriba enroscándose. No pudo decir ni una palabra. Nada.

Cincuenta bocas abiertas, famélicas y hambrientas lo agredieron, lo mordieron, lo masticaron, lo absorbieron, lo engulleron y mientras los ojos parpadeaban por el asombro, la sorpresa y el dolor, Pascualiño se vio descuartizado, destrozado y desmembrado para terminar en la barriga redonda de su voraz vecino Pericón.

© ADRIANA ALARCO DE ZADRA, 2007.

ADRIANA ALARCO DE ZADRA
(Perú—Lima—)

En **NM** ya publicó *La visita* (# 6) y *El forastero prodigioso* (# 8). Aquí incursiona más de lleno en el ámbito de la ciencia ficción.

“HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE”

M^a DEL PILAR JORGE - EDUARDO M. LAENS AGUIAR

*“Era una inmensidad de gelatina palpitante, húmeda y roja,
una burbuja escarlata con miles de apéndices,
unas bocas que se abrían y se cerraban con horrible codicia...”*
“El vampiro de las estrellas” (ROBERT BLOCH)

Renata se acercó a la ventana y, oculta por las cortinas, espío la calle. Se sentía muy satisfecha. La noche anterior había encontrado en el bolsillo de los pantalones de Juan algunos pesos que le escamoteó sin culpa.

Gracias a eso, le pudo pagar al verdulero parte de lo que le debía. También jugó unos numeritos a la quiniela. Ése era el único vicio de Renata: sacarle plata a escondidas a Juan, para alguna inocente apuesta de juego clandestino. De vez en cuando ganaba algún dinero, que ocultaba celosamente de su marido.

En esto no sentía ningún remordimiento. Ya hacía diez años que estaban casados y, desde entonces, Juan nunca la dejó trabajar. Él era uno de esos hombres que sostienen y defienden que la mujer debe estar en la casa y vivir para dedicarse sólo a las tareas del hogar y a la atención del esposo. A esta altura del matrimonio, Renata vivía esa dependencia económica como una pesada esclavitud.

Pero eso no era lo más grave. Diez años atrás, cuando él, después

de cenar, la llamaba al dormitorio, ella dejaba todo e iba a zambullirse en sus brazos, ávida de ternura. Ahora, en cambio, cuando él con voz indiferente, enronquecida por el alcohol, la llamaba, ella le contestaba con un lacónico “¡Ya va...!” , mientras se demoraba más de la cuenta en lavar la vajilla con fingido esmero. Ya no le atraían las efusividades de su esposo. El aliento etílico de Juan era tan fuerte que hubiera espantando a la más ansiosa de las mujeres.

De todas maneras, ella lo prefería alcoholizado y dormido, pues cuando estaba despierto, todo eran quejas. Juan vivía quejándose de los “politicólogos”, como él los llamaba. Nunca había gobierno político que le viniera bien. También protestaba por la falta de trabajo, por el exceso de trabajo, o por la demora en la paga del jornal. Siempre eran quejas, siempre la misma cantilena. Cuando se le acababa el argumento, advertía que su mujer tenía el pelo demasiado corto, que estaba gorda, que su cintura ya no era la de diez años atrás, le reprochaba sus sa-

bañones, y en todo momento le señalaba lo estropeada que estaba. Además, se le caía la baba por cuanto mujer bonita se veía en la televisión y hacía desagradables comparaciones entre esos especímenes inalcanzables y Renata.

Como es lógico, siempre terminaban discutiendo y ella, a veces, se atrevía a decirle que se mirara en un espejo, que ninguna mujer con dimensiones ideales y larga cabellera perdería con él más de cinco minutos.

Alguna amiga, entre mates y confidencias, le había sugerido que lo dejara, pero sucedía que esa casita, que él construyó con sus propias manos, estaba edificada en un terreno que Renata había heredado de sus padres. Por este tema también solían discutir, y cada pelea terminaba con Juan gritando que sólo muerto lo sacarían de esa casa.

Su comadre le había dado otro consejo, que ella aún no se atrevía a utilizar. Por lo pronto, Renata trataba de vivir la vida disfrutando de pequeñas satisfacciones. Las telenovelas de la tarde, los cotilleos con vecinas durante las compras y las frases con doble sentido con el muchacho que ayudaba en la verdulería.

Pero, como decía su madre, tanto va el pájaro a la fuente que al final se rompe. El precario balance familiar pendía de un hilo muy fino, las discusiones eran cada vez con más saña y comenzaban por cosas que antes había tolerado resignada.

Era sábado. Anochece y Renata cocinaba unas verduras rellenas con

arroz. Sólo por el placer de cocinar, ponía afán en los detalles, los colores y la presentación del plato; todo dentro de los ajustados límites que su presupuesto le marcaba.

A escaso medio metro, Juan, sentado frente a la diminuta mesa de madera, miraba televisión. Con el control remoto apuntando al aparato, saltaba de un canal a otro, quejándose como siempre de la falta de programación atractiva.

Para eludir la tortura de esa protesta monocorde, Renata tarareaba, para sí, una canción. Metió la fuente en el horno y se dedicó a lavar los utensilios que había usado. Sumida en esa tarea su ánimo se fue calmando, hasta llegar a un punto de tranquilidad en el que se dio cuenta de que pasaba algo raro. Lo que decoraba su calma era el silencio; su marido había dejado de hablar. Agradeció a la Virgen por los pequeños milagros y preparó los platos y cubiertos para comer.

Mientras ponía la mesa, sintió curiosidad por saber qué miraba su marido. Con el control sobre la panza y el meñique izquierdo hurgando en su oreja derecha, él contemplaba embelesado un desfile de modelos en trajes de baño. Indignada, encendió la mecha de otra discusión: — ¡Ya me parecía de vos! Es lo único que te interesa.

Juan le dedicó una expresión burlesca, despreciativa, y se dejó secuestrar nuevamente por las imágenes de los cuerpos en la pantalla.

Renata bufó por lo bajo y siguió con lo suyo. De vez en cuando lo observaba de reojo: él estaba con los ojos muy abiertos, con una expresión

vidriosa que ella conocía muy bien, y la boca desencajada. Juan le dedicó a la modelo de turno un piropo que rozaba lo escatológico y luego estalló en risotadas y golpes a la mesa, festejando su propia humorada.

El evento tomó a Renata agachada delante del horno, con una bandeja humeante en la mano. Sin poder contenerse más, explotó. Tiró la fuente sobre la mesa y uno de los vasos rodó por el sacudón, sin caer al suelo. Juan, sobresaltado, pegó un salto.

—¡Me tenés cansada! ¡Enfermo! ¡Me das asco!

—Bueno, bueno, gordita no zongues —se interrumpió para escudriñar la comida—. ¿Qué hiciste? ¿Verdura otra vez?

Sin ningún protocolo, metió dos dedos en el pastel y se los llevó a la boca. El gesto de disgusto fue acompañado por un escupitajo al piso.

—Esto está horrible. ¿Me querés matar vos?

Renata no lo soportó más y estalló iracunda.

—¡Viejo asqueroso y desagradecido!, Estuve cocinando toda la tarde para vos. —Se contuvo de decir más, pero murmuró por lo bajo un “ ¡ojalá te murieras!”.

Juan, al ver que no había otra solución, y como su apetito era enorme, se sirvió groseramente casi toda la comida en el plato y la tragó a una velocidad sorprendente. Ella, malhumorada, comió rumiando su enojo.

Terminada la cena en ese clima hostil, y como la visión de las modelos había alborotado a Juan, pellizcó el rollizo trasero de su mujer e intentó abrazarla. Renata, sin ninguna cere-

monia, le dio un empujón que lo hizo trastabillar, al punto que el hombre se tuvo que agarrar de la mesa para no caer.

—¡Eh, que no es para tanto, mujer! Deja los platos, los lavás después; ahora vamos a la cama.

Renata lo miró de reojo. “¡Pedazo de caradura!” pensó, pero en cambio dijo: —Sí... Me baño y voy. —No tenía humor para seguir discutiendo.

—Ahí está mejor; ponete un poco de perfume. Te espero.

Renata se metió en el baño y se tomó su tiempo. No es que fuera fanática de los productos de belleza, ya que sólo usaba alguna crema de vez en cuando, pero la simple idea de estar acostada con ese viejo calentón le daba asco. Además, tenía una buena posibilidad de que Juan se durmiera en la espera.

La estrategia dio resultado, ya que cuando por fin llegó a la habitación su marido roncaba a pierna suelta.

Renata salió un momento al patio y se sentó en una de las dos sillas de hierro forjado. Había luna llena y se hubiera quedado así durante toda la noche, disfrutando del aire fresco. Totalmente absorta, recordó los consejos de su comadre. La “receta” de la vieja curandera había comenzado a obsesionarla.

Tienes que concentrarte en el deseo, mientras haces el conjuro... sólo en noches de luna llena...

¡Brujería! Hasta ese momento, jamás se había animado. La sola idea de murmurar esas palabras extrañas la asustaba. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando pensó que sería tan fácil si se atreviera a hacerlo.

El desagradable sonido de los ronquidos de su marido, que se escuchaba desde allí, la volvió a su lamentable realidad.

“¡Cómo ronca! ¡Parece una locomotora! Viejo de porquería”, pensó, “un día va a reventar de tanto comer y acostarse enseguida...”.

¿Y si lo hiciera, después de todo? ¡Podía hacerlo! Le daría de comer hasta que reventara. Se lo imaginó con el rostro verdoso retorciéndose en el baño, descompuesto y encharcado, lanzando sobre el inodoro una cena descomunal, mientras caía al piso del baño, entre vómitos y convulsiones y los estertores de su respiración sibilante.

Sopesó los aspectos negativos de su idea. No, eso no; voy a tener que lavar el baño después. Y van a sospechar de mí; pueden llegar a pensar que lo envenené.

Suspiró exhausta. Dio una última mirada al cielo y contempló la luna un largo rato. El conjuro de la comadre le vino a la mente una vez más y, presa de un irresistible impulso, permaneció ahí, quieta, con la mirada fija en el cielo, repitiendo el conjuro por un largo rato. Las primeras palabras fueron tibias, temerosas, pero con el correr de las repeticiones la letanía se fue afirmando. Al cabo de unos minutos su voz se convirtió en un siseo y sus manos se aferraron con fiereza a los apoyabrazos de la silla. Con los nudillos blancos y tensos, su rostro pálido y vacío, parecía una máscara sin vida.

Como quien despierta de un sueño, se apoyó en la pequeña mesa con expresión desorientada y caminó con paso inseguro hasta entrar a la casa.

No recordaba nada de lo ocurrido, pero se sentía mucho mejor. Pensó que el aire nocturno había obrado un milagro sobre su triste semblante, insuflándole energías renovadas.

Antes de acostarse, revisó los bolsillos del pantalón de su marido, pero esa noche no tuvo suerte. Tendría que conformarse con los pocos pesos que él le había dado para hacer las compras.

Al día siguiente, como siempre, la alarma del reloj sonó a las cuatro de la mañana. Juan abrió los ojos y se despertó con ganas. Antes de levantarse intentó abrazar a su mujer, pero ella, fingiéndose dormida, le tiró un puntapié.

—Pedazo de yegua —protestó—. ¡Cómo pateo cuando duerme! Bueno, cuando está despierta también —filosofó al recordar el empujón de la noche anterior.

El hombre no podía entender cómo esa muchacha simpática y de curvas generosas se había convertido en semejante mole malhumorada.

Se levantó resignado y, tomando la ropa que había dejado en la silla, fue a la cocina. Mientras se vestía, calentó la pava y tomó unos mates. Luego partió, acarreado consigo su escalera y las herramientas de albañilería, que nunca dejaba en su trabajo, por miedo a que se las robaran.

Esa mañana, Renata, con el dinero que le había dado su marido, se dedicó a hacer las compras con prudencia y control, tratando de que le quedara algo de “vuelto” para ella. Por eso, cuando en el almacén vio el precio de las damajuanas de vino que

don Nicolás tenía de oferta, se detuvo intrigada.

—¿Don Nicola, de dónde es este vino, que es tan barato?

—Es importado —le respondió el comerciante—, es un vino “patero”.

¿Importado? Dudó, pero el precio era bueno y, total, si a Juan le hacía mal no le podrían echar la culpa a ella, sino a su maldito vicio. Así fue como Renata compró esa damajuana de vino. Ya en su casa, miró las letras pequeñas del envase, intentando leerlas, para descubrir el lugar de origen del brebaje. No tuvo éxito; las palabras que indicaban la procedencia eran algo borrosas, pero creyó describir el nombre de una localidad de la provincia. Otra imitación barata.

Abrió el botellón y se sirvió, en un vaso, apenas un dedo de vino. Era fuerte y muy áspero, pero no tenía gusto a vinagre, que era lo que había temido.

Ojalá beba hasta reventar, bufó, y contenta de que le hubiera quedado algún resto de ese dinero para jugarlo a la quiniela, trasvasó una parte del vino a una botella vacía que había guardado debajo de la mesada de la cocina. Luego escondió la damajuana, segura de que su marido ni se daría cuenta de que había comprado otra marca de vino y, canturreando, se dedicó a hacer las tareas hogareñas.

Almorzó tranquila, durmió una siesta y luego se puso a mirar la novela de la tarde. Entre mate y mate, masti-cando alguna galleta, soñó con ser ella la heroína de esa novela, de alguna novela, pero pensó que a la gente común no le pasan esas cosas.

En la televisión el malvado de turno chocó con su automóvil. Ab-sorta en sus cavilaciones, murmuró: a Juan ni siquiera lo chocaría una bicicleta. Su mente comenzó a volar, pensando en todos los accidentes que le podrían llegar a ocurrir a su marido, en el camino de regreso al hogar.

Algunos jóvenes podrían querer asaltarlo y él, al resistirse, moriría al recibir un disparo o tal vez un puntazo de cuchillo en los riñones. Sin embargo, por el carácter cobarde de Juan, descartó la idea.

Otra posible desgracia podía ser que en las cinco esquinas se descom- pusiesen los semáforos y dos colecti- vos chocaran. Uno subiría a la vereda por donde su inútil marido caminaba, aplastándolo contra la pared de algu- na casa. ¡Incluso podría hacerles jui- cio a los de la línea de micros y vivir de la pensión por viudez!

Además, por los accidentes de camino al trabajo o de éste a la casa, el sindicato los cubría con un seguro de vida. ¡Eso sí sería bueno!

Como era de esperar, pensar en la muerte de su esposo la llevó al con- juro que le enseñara su comadre. Las hipnóticas frases volvieron a su cabe- za, martillándola con su cadencia. Du- rante unos instantes, con los ojos en blanco y como una posesa, repitió el conjuro una vez tras otra, cinco, diez, setenta veces. Perdió la noción del tiempo, mientras su voz se transfor- maba en un irrefrenable gruñido gutu- ral.

Un rato después, había olvidado lo sucedido, como si la voz que había surgido en ese momento de arrebató

no fuera la de ella, sino de un ente distinto, con personalidad propia. La mujer que siguió haciendo las tareas del hogar era sólo un ama de casa común y corriente.

Juan llegó a su casa, a la hora de todos los días, huraño por haber discutido con el capataz de la obra. Renata lo recibió con una expresión de indiferencia en el rostro que, instantáneamente, se transformó en mal humor. Sin mediar palabra, el recién llegado probó un mate que escupió al instante, al notar lo fría del agua. “Que se jorobe por no preguntar si el agua estaba caliente”, pensó la mujer, regodeándose en ese pequeño triunfo.

El hombre tiró la pava sobre la hornalla y se fue a bañar. La rutina diaria volvía a comenzar. Ella a preparar la comida; él a mirar televisión. Un espacio de kilómetros los separaba en esa cocina de dos por dos. Él ausente; ella indignada.

Renata puso la mesa y cenaron en silencio. Juan no hizo ningún comentario del vino; por el contrario, vació la botella durante la breve comida. Ella no probó ni un sorbo; bebió sólo un jugo. Con algo de ironía preguntó: —¿Rico el vino, no?

Su marido la miró, colorado por el calor de la bebida y sorprendido; un poco porque no se habían cruzado palabras, un poco por la incipiente embriaguez.

—Más o menos —respondió sólo por no darle la razón.

Ella soltó un sonido parecido a un gruñido y Juan lo escuchó. A modo de disculpa dijo: —Hoy tuve un día jodido. No rompas las pelotas.

Renata achicó los ojos y lo imaginó ebrio hasta la inconsciencia, pero callado. No le pareció una mala idea, por lo que eligió sacárselo de encima.

—Si querés más vino compré otra botella. Andá al fondo que te la llevo; la noche está linda.

Cuando la limosna es grande hasta el santo desconfía, pero de todas maneras Juan le hizo caso. Ella recargó la misma botella con más vino de la damajuana y se lo llevó, para dejarlo con su borrachera e irse a bañar.

Al salir del baño escuchó cómo él hablaba solo en el patio. Con un poco de saña, fue al fondo a quitarle la botella, con la promesa de traerle otra, y repitió el proceso de recarga.

Se fue a acostar contenta, pero una hora después el estruendo que hacía su marido la despertó. Trató volver a conciliar el sueño, pero Juan la observaba desde el marco de la puerta de la habitación, con la vista perdida y la verborrea de los borrachos.

—¿Que mirás? ¡Yegua! —le soltó moviendo la cabeza con aire arrogante—. Vos dormís mientras yo me rompo el lomo laburando. Todo lo que tenés, lo tenés gracias a mí.

Caminó unos pasos hacia la cama, pero la trayectoria se desvió hacia el lado opuesto, hasta la silla donde dejaba la ropa todas las noches. Juan se sentó unos segundos para no caerse.

—Me cagaste la vida vos. Me vivís como una sanguijuela. ¡Encima sos horrible!

Renata no soportó este insulto contra su débil, pero existente, amor

propio. Se incorporó en la cama y le dijo: “¡Callate...!”, pero no pudo continuar. Vio a su marido bajo la luz del velador de la cómoda y se espantó.

El rostro hinchado, la tez violácea y la vista nublada. Con la camisa abierta, la panza estaba tensa en un peligroso vaivén respiratorio.

—¿Qué? ¿No te gusto? Bien que de noche no te quejás de nada.

Este nuevo acicate la sacó de su estupor. Lo odió con todas sus fuerzas, con toda su energía, con todo su ser.

—¡Cerdo inmundo! Sos horrible en todo, en la cama, en la casa y en la vida. ¡Viejo fracasado!

Juan sintió su sangre hervir. Qui-so levantarse para abofetearla pero las piernas no lo dejaron.

Ella sentada en la cama; él, en la silla del rincón de la pieza. Se tensaron en una mirada cargada de odio contenido y de culpas reprochadas. Juan pensaba: “Basura, te odio, me robaste la vida”. Renata repetía en su mente el conjuro y algo más: “morite... morite... morite...”.

Juan entrecerró los ojos, presa de un calor insoportable y de un ardor que le nacía de adentro del estómago, expandiéndose por todo su cuerpo. Comenzó a transpirar bastante y sintió sed, una sed insaciable. Se levantó vacilante y por un momento su mujer pensó que se iba a abalanzar sobre ella. Lanzó un grito entrecortado que él no percibió.

Juan, trastabillando, con la vista inyectada y el rostro enrojecido, abandonó la habitación. Renata suspiró aliviada. El hombre avanzó hacia la cocina y salió al patio. Una luna gé-

lida iluminaba el fondo de la casa. Se acercó a la mesa del patio, donde había dejado la botella y se dejó caer en una de las sillas.

Tomó la botella y miró a trasluz para calcular el contenido que le quedaba. Sin ceremonia, bebió un trago que le supo a gloria. Por un momento sintió calmar la sed y su ira disminuyó. Sobre la pared medianera del fondo maullaban los gatos del vecino. Les tiró un cascote sin miramientos ni puntería.

El calor ya no le molestaba; bebió otro trago de vino y miró a la luna. La luna se veía roja como el vino y le sonreía con el rostro de Renata. Levantó un puño iracundo hacia el cielo.

—¡Maldita! —le gritó.

Entonces percibió que a su alrededor danzaban luces rojas, naranjas y rosadas en un extraño bailoteo, pero no sintió miedo. Los destellos le parecían inofensivos, incluso divertidos. Se dejó envolver por ese resplandor alucinante que bajaba del cielo. Bebió un trago más y se sumergió en ese abrazo cálido de fuego que lo alumbraba.

Renata empezó a preocuparse. Después del chillido de los gatos al ser espantados por Juan y el último insulto, un inquietante silencio se había adueñado de la casa. Se levantó y, sin prender la luz, avanzó por el pasillo. No se escuchaba ni el menor ruido.

Revisó que su marido no se encontrara ni en la cocina y ni en el baño. Al no hallarlo, salió al pequeño fondo. La imagen que contemplaron sus ojos casi la hizo desfallecer. Sin-

tió cómo sus cabellos se erizaban y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Paralizada de terror vio a un Juan iluminado, encendido, incendiado, avanzando hacia ella con los brazos extendidos. Tenía los ojos en blanco, y el rostro distorsionado. Las llamas eran cien lenguas escarlatas que lo envolvían, que se escapaban, mientras él, aterrado, la llamaba y, al mismo tiempo, murmuraba frases sin sentido.

La luz de la luna se reflejaba en la botella que había quedado abandonada en el medio de la mesa.

Renata, en un destello de ironía, creyó descifrar en los gestos de su esposo las palabras del conjuro de la comadre. Un fuerte olor a pelos y

carne quemada penetró en su nariz y le causó arcadas. Gritó, pero permaneció ahí, quieta, incapaz de moverse, mientras esa voz desconocida se adueñaba una vez más de sus pensamientos, impulsándola a avanzar. Así, impotente, indefensa, percibió sobre su piel el ardor de las llamas. Un placer morboso se apoderó de ella y se entregó al calor del abrazo, como en un último éxtasis.

Fueron primero dos figuras, y luego sólo un manojito de llamas que se unieron.

Desde algún lugar, el eco de una risa quebró el repentino silencio.

© M^ª DEL PILAR JORGE

- EDUARDO M. LAENS AGUIAR, 2008.



MARÍA DEL PILAR JORGE
(Argentina —Buenos Aires—)

Claramente orientada a la literatura de terror, en **NM** publicó los cuentos *Camila* (# 3) y *Kuniungüen* (# 5).

EDUARDO M. LAENS AGUIAR
(República Oriental del Uruguay —Montevideo, 1979—)

Este escritor uruguayo, radicado en la Argentina, en **NM** publicó *Hilos conductores* (# 4) y *El Mariscal* (# 8).

CONTRATO AGÓNICO

GRACIELA LORENZO TILLARD - FABIO FERRERAS

*La siguiente es la transcripción de un registro encontrado en Alfacefo en el año 3284 I.K. Las partes señaladas [***] por la Oficina Legal de la Comisión Aekena de Asuntos Interstelares, fueron descartadas ante la imposibilidad de descifrarlas ya que las pistas se encontraban severamente deterioradas...*

[***] ...y llevaba un par de semanas en Alfacefo, la capital de Cepheus. No tenía nada que hacer excepto esperar a que los del astillero repararan el convertidor energético de la nave. Se estaban tomando su tiempo y yo comenzaba a ponerme nervioso, porque mi cuenta se había reducido de manera alarmante y no tenía ningún trabajo a la vista. Pasaba el día acodado en la ventana de mi habitación en la Posada de la Novena Nova, contemplando el ir y venir de los cruceros en el astropuerto. Me habían asegurado que era un hotel de cinco estrellas, pero resultaron ser todas novas, a juzgar por el ta-

maño de las cucarratas que se escurrían bajo la cama cada vez que encendía la luz.

Esa mañana en particular estaba dedicado a mi pasatiempo favorito: imaginar la procedencia de cada una de las naves que aterrizaban en el puerto. Durante la última hora habían llegado la *Hobin Rood*, la *Dreamscape*, la *Operatrix* y la *Jourvinak*; con los binoculares de alta potencia podía leer los nombres impresos en sus brillantes cascos cerámicos. Era fácil deducir que las tres primeras provenían de planetas pertenecientes al Dominio; en cuanto a la cuarta, podía ser de cualquier raza, pero me inclinaba por los cervatanos. Hacía pocos meses que ellos habían empezado una tímida transacción comercial con el Dominio, y considerando las baratijas que facturaban, les hubiera ido mejor si se quedaban en su sistema.

Golpearon a la puerta justo cuando los edificios más altos de Alfacefo me ocultaban la *Jourvinak* de la vista.

—Adelante —dije—. Está abierto.

El conserje asomó la nariz.

—¿Señor Nelsen? Mensaje para usted.

Tomé el memo que me tendía, le di un milicrédito de propina y se marchó. Lo introduje en la ranura del visilector y regresé a la ventana. Ni rastos de la *Jourvinak*. A mis espaldas, la voz pausada y formal del lector comenzó a desgranar el mensaje:

—Buenos días, capitán Nelsen. Astilleros Dockba le informan que nuestros técnicos de mantenimiento han finalizado las reparaciones de la nave *Lucerna*, registro de propiedad 34/FL88. Los honorarios totales ascienden a treinta mil ochocientos veintidós créditos, más impuestos.

Bueno, no había sido tan caro como temía. Me quedaría sin un centi en la creditera, pero al menos podía largarme de Cepheus cuanto antes. Ya encontraría un buen contrato de exploración en otra parte...

—Sin embargo, capitán Nelsen —siguió diciendo la voz, impasible—, lamentamos informarle que no podrá retirar la nave de nuestros talleres. Según este mismo registro, y me refiero al 34/FL88, el señor Randalazar Gurevella, actual residente de Cepheus y fundador emérito de Astilleros Dockba, es propietario de un porcentaje algo elevado de la *Lucerna*, y acaba de prohibir su despegue. —El lector hizo una dramática pausa; luego continuó—: Capitán Nelsen, por este medio se le notifica que no podrá realizar el pago de nuestros honorarios de manera personal porque desde este momento su ingreso a los Astilleros está vedado. Por ese motivo adjun-

tamos nuestro número de cuenta para que efectúe la transferencia de fondos a la brevedad, y por intermedio del banco con el que opera habitualmente. Muchas gracias.

La habitación quedó en silencio. Ni siquiera se escuchaba la pisada de una cucarrata. Me aparté de la ventana y di un golpe de puño sobre el escritorio. El visilector (una caja cuadrada llena de arañazos de la que sobresalía un altavoz abollado) dio un salto y expulsó el memo.

¡Gurevella! No podía creerlo... ¡Ahora vivía en Cepheus y yo no me había enterado! Y no sólo eso... ¡era el dueño de Astilleros Dockba! Llevar allí a la *Lucerna* había sido como meter la ovejita en las mismas fauces del lobo...

Salí de estampida con la idea de bajar a la recepción y preguntar cómo llegar a la residencia de Gurevella, pero no fue necesario. Al abrir la puerta descubrí al conserje aguardando en el pasillo.

—¿Qué esperas? —grité, levantándolo de las solapas—. ¿No te alcanzó la propina? ¿Esperabas otra cosa, con semejante noticia que me traes?

El tipo titubeó, luego alzó un dedo tembloroso y señaló al techo.

—El... el transporte privado del señor Gurevella... —deglutió con dificultad—... lo está aguardando en la terraza...

Lo solté, quedé un segundo rumiando la situación, y volví adentro para buscar mi gorra de la suerte, la que me acompaña a todas partes. Blanca, amplia, de larga visera negra terminada en pico, y con bolsillos in-

ternos para llevar todo tipo de chucherías. Siempre he pensado que esa gorra me da un aire distinguido. De hecho, la llevo puesta mientras grabo estas...

[***] ...y sobrevoló Alfacefo en diagonal, dirección noroeste. El transporte (una limusina de tres ambientes: bar, piscina y dormitorio privado) estaba vacío y funcionaba en modo automático. Allí donde miraba veía tanto lujo y esplendor, desde la moqueta del piso hasta la fina cristalería aquiliana que adornaba la mesa, que ni siquiera me serví un trago. Tomé asiento en un sillón ergonómico y me dispuse a esperar.

Al llegar a la zona arbolada del límite de la ciudad descubrí cuál era mi destino: la mansión del magnate se destacaba sobre el bosque. Flotaba como un sueño unos cien metros por encima de un lago tan limpio como un espejo donde se reflejaba invertida, no sólo en posición sino también en colores. Me estaba preguntando cómo habrían hecho ese truco, cuando advertí un trémulo resplandor a todo lo largo del borde de las aguas y comprendí que el lago era un holo de proporciones gigantescas: la energía necesaria para mantenerlo funcionando debía alcanzar para iluminar varias ciudades nuevas de los colonos.

La mansión consistía en una gran esfera, aparentemente construida de glasita, de la que partían radialmente treinta o cuarenta torres al parecer construidas al viejo estilo, esto es, de ladrillo, cemento y cal. Algunas apuntaban al cielo, y otras a los lados o al bosque de abajo, así que el resultado final era imponente y desconcertante.

Debía haber un simulador de fuerza G activado en el centro de la esfera, o de otro modo los sirvientes estarían cayendo de las ventanas de las torres que apuntaban hacia el lago... porque la mansión rotaba lentamente, tan despacio que al principio no lo había notado: una gigantesca bola erizada girando en el cálido aire ceferiano.

El techo cónico de una de las torres se desplazó y la limusina entró por la abertura. Cuando sentí una leve sacudida en la planta de los pies, me incorporé, abrí la puerta y descendí; a juzgar por los autogiros, escarabajos y limusinas último modelo pulcramente dispuestos en hileras como soldados en guardia me encontraba en el garaje personal de Gurevella. Una figura, hasta entonces inadvertida, adelantó un paso.

—Que tenga una agradable estancia, señor Nelsen —dijo el hombre, haciendo la reverencia de rigor; vestía un pulcro esmoquin violeta y no aparentaba tener más de cuarenta años, sin procesos de rejuvenecimiento—. Mi nombre es Mandos, y soy el mayordomo de la residencia Gurevella. Acompáñeme, por favor.

Me sentí bastante inquieto; no me gustaba para nada el aspecto del tipo, demasiado frío y eficiente; daba la impresión de ser algo más que un simple mayordomo, quizá un guardaespaldas o un agente de Sekur. Lo seguí a lo largo de varios corredores desiertos, ricamente decorados aunque escalofriantes por su soledad. Al doblar un recodo, noté un movimiento con el rabillo del ojo, y al darme vuelta me enfrenté con el rostro color plata

de un robot de protocolo, que saludó con actitud servil. Apuré el paso para no quedar atrás; hubiera sido fácil perderme en aquel laberinto resonante de ecos.

Luego de tomar un amplio elevador cuyo interior consistía en una única pared espejada, salimos por fin al encuentro de Gurevella.

—Su invitado, señor —anunció el mayordomo—. El capitán Nelsen.

—Excelente —respondió una voz estentórea.

La estancia estaba en penumbras y mis ojos tardaron en habituarse luego de los iluminados corredores de afuera. Avancé unos pasos, indecisos y sin ruido sobre una espesa moqueta. Me desconcertaba que alguien de la talla de Gurevella recibiera a sus invitados allí, en su cámara privada. Pero no debía dejarme engañar por su aparente vulnerabilidad: sin duda alguna, habría una infinidad de percibidores infrarrojos espiándome desde cada rincón de la estancia, mientras los lacayos del magnate estarían monitoreando cada uno de mis gestos en alguna sala de guardia por allí. Incluso debían tener uno o dos turbocañones apuntados a mi espalda... un pensamiento que me erizó la piel.

—Adelante, adelante, Nelsen —me animó la voz, jocosa—. No temas. Después de todo yo mismo he enviado por ti. Deberías sentirte halagado.

Mis ojos ya podían distinguir parte del mobiliario. Rodeé un biombo de madera revestida de terciopelaje y me topé con Gurevella... o mejor dicho con su holo, colgando del techo de la estancia. Se trataba de la repre-

sentación de su rostro como supongo que había sido en su juventud, pero ampliada hasta un tamaño que debía llegar a los dos metros. Sonreía impudicamente, guiñando los ojos y arrugando la nariz en un gesto cómplice; además, era totalmente calvo, con las mejillas rubicundas y una barbilla inexistente; el conjunto exhibía un aspecto decididamente infantil. Saludé alzando una mano hacia el holo sin saber cómo actuar.

Entonces lo vi... al auténtico Gurevella. A la luz que emitía el holo advertí que había engordado mucho desde la última vez, diez años atrás, cuando le compré la Lucerna. En ese tiempo Gurevella vivía en Antragho, y si bien era obeso, aún no se había transformado en aquella cosa desbordante que yacía sobre la cama. Ahora estaba hinchado, de tal manera que le daba a la palabra una dimensión que nunca debía haber alcanzado en ningún ser humano (y digo humano porque los auserianos son unos mamuts de aspecto más o menos humanoide capaces de comer absolutamente todo).

Su cuerpo era una forma colosal bajo las sábanas, y mecía el colchón anti-g en lentas oleadas al compás de su respiración. De no haber sido por los repulsores, sus probables quinientos keles de peso habrían debilitado la cama hasta destruirla, y quizá el piso también.

—Estás muy callado, Nelsen. Nada que ver con ese muchacho parlanchín que conocí en Antragho —dijo el holo sin dejar de sonreír. Sobre la cama, los congestionados y diminutos rasgos de Gurevella se perdían entre los pliegues de grasa.

Creí distinguir el movimiento de sus labios, pero no estaba seguro.

—Yo... no esperaba encontrarlo aquí, en Alfacefo, señor. Es que...

—Es que aún me debes el 40% de la *Lucerna*, pero lo que me pone muy molesto es tu impuntualidad y eso significa que me he cansado de esperar. —El holo cambió de expresión; ahora hablaba con el ceño fruncido—. Debiste saldar la deuda al menos cinco años atrás, y han pasado tres desde tu último pago... ¿Qué puedes decirme al respecto, Nelsen? ¿Pensas darme lo que es mío?

Me removí intranquilo; deseaba tomar un trago y sentarme en algún lugar pero seguía de pie. A través de la penumbra pude distinguir el complejo instrumental que mantenía con vida al gordo: un amontonamiento de tubos, tanques y equipo electrónico que resoplaba quedamente junto a la cama.

—No es que no piense cancelar la deuda, señor —dije, titubeante—. Recientemente tuve algunos problemas en el convertidor, pero la *Lucerna* es una nave excelente, se lo puedo asegurar, y está bien mantenida, y no ha perdido su valor de venta, y...

—Ajá.

—...la cuestión es que no he conseguido buenos contratos estos últimos años, o así... —Hice una pausa. Me encasqueté mejor mi gorra de la suerte, para mantener las manos ocupadas y no evidenciar mi nerviosismo, y continué—: Y los que conseguí no fueron muy fructíferos. Apenas sí gané lo suficiente para el mantenimiento...

Se hizo un silencio. El holo cerró los ojos y frunció los labios, pensativo. Desde la cama se alzó un brazo blanco y rollizo, repleto de brazaletes anchos como mi cinturón. Por un momento, creí que el gordo intentaba levantarse de su lecho y que requería mi ayuda, pero afortunadamente sólo estaba activando las luces. Después, giró la muñeca hacia un costado y señaló una especie de taburete alto, donde me senté. De repente, el panorama del lugar cambió; me sentí como un juez de silla: todo estaba a mis pies; el biombo que cubría la entrada, la cama, como un campo de juego sobre el que un cuidador hubiera extendido una manta para evitar su deterioro, y los muros... esos muros. No había espacio ni para una mariposa; estaban cubiertos de hologramas de planetas, sistemas y asteroides, de casetas batidas por vientos que levantaban cortinas de polvo, de naves casi prehistóricas en medio de páramos rocosos, y de grupos de exploradores con la vestimenta más estrambótica que jamás vi, y en el medio de cada uno, él, Gurevella. Los holos tremolaban uno junto a otro, encimándose algunos, y la policromía, la variedad de brillo y la vibración de la luz me hicieron sentir vértigo. El gordo había plasmado sobre esos muros toda la historia de su vida.

—He pensado que un modo de arreglar las cuentas entre nosotros sería que hicieras algo por mí —dijo el holograma que aún pendía del techo.

—Usted dirá —Me estaba reponiendo lentamente de la impresión—. Haría cualquier cosa por no perder la *Lucerna*.

El gordo recitó una serie de instrucciones que memoricé fácilmente; era una especie de recorrido entre varias de sus explotaciones mineras. De pronto, se escuchó un rumor leve, levisísimo, por detrás del biombo.

—Pasa, Mandos.

El mayordomo entró arrastrando una especie de carrito que flotaba sobre la alfombra. Sin mirarme, lo dejó a un lado y se inclinó hacia una máquina de música que estaba del otro lado de la cama de Gurevella. Cuando la vi, pensé que era eso, pero en ese momento me di cuenta que era una especie de dispensador de pelotas de chocolate; el gordo extendía la mano, la metía en una gaveta y la sacaba llena de pelotas, las que desaparecían dentro de su boca en un segundo. Un aroma de chocolate llenó el aire del dormitorio mientras el mayordomo cargaba el depósito con las golosinas; tardó un par de minutos y se retiró.

Gurevella quedó inmóvil; no es que antes se moviera mucho pero el holo también estaba quieto; es decir, no exactamente, sino que los rasgos se distendieron y los ojos se llenaron de algo que hubiera jurado que era placer... un goce casi sexual. Las pelotas de chocolate debían estar muy sabrosas.

—Deberías probarlas... claro, si pudieras pagarlas —dijo, y de veras me sobresaltó. El gordo metía la mano en la gaveta a cada palabra; el aroma ya me estaba mareando; tosí, frotándome la cara. Gurevella y su holo rompieron en carcajadas. Desde mi posición elevada fue como ver que el mar del universo comenzaba a temblar

y me pareció que en cualquier momento surgiría de las profundidades alguna bestia de la protohistoria.

Cuando paró de reír me explicó que las pelotas contenían sus medicamentos, y lo demás; supongo que se refería a alimento, o tal vez alguna droga, aunque no parecía estar fuera de foco.

Estaba por pedirle una, cuando la puerta volvió a abrirse para dejar paso al mayordomo, otra vez, pero venía con una muchacha... bueno, resultó una androide, aunque ¡qué androide! Era una phisyc que comenzó a aplicarle un tratamiento movilizador al gordo y...

[***] ...apenas había pasado media hora, pero les aseguro que fue la más placentera de toda mi vida, porque la phisyc sabía cómo prestar sus servicios. ¡Y qué servicios!

—Debemos continuar —arrancó otra vez el gordo; en ese momento empecé a sospechar que era una grabación—, o se me acabará el tiempo que he decidido dedicarte.

De pronto, una de las máquinas que había detrás de la cama comenzó a hacer cliquicliqui, al tiempo que un par de luces parpadeó. Entonces entró un montón de phisycs y se pusieron a toquetearlo; parecía que la cosa era seria.

Gentilmente, Mandos me invitó a salir del dormitorio; el mayordomo me condujo hasta el comedor, donde había una mesa servida para mí; tenía bastante apetito y me hice cargo de todo. Hasta cierto punto, resentí que él no se quedara conmigo porque quería hacerle algunas preguntas sobre el gordo.

Cabeceé un rato en la silla; cuando el tipo volvió, me dijo que Gurevella requería mi presencia otra vez y me pidió que no lo contradijera, porque su salud era delicada.

Entré en el dormitorio, vi que el holo del techo estaba desactivado. Me acerqué a la cama con cautela; no iba a sentarme en la silla alta otra vez; prefería quedarme parado. El gordo abrió un ojo y gruñó: —¿Qué haces?

—Me dijo el tipo frío que volviera a entrar.

—Ah. —Cerró el ojo; al rato, volvió a abrirlo y lo fijó en mí—. Dime qué te dije.

—Bueno... ¿quiere que repita todo?

—Resume, estúpido. —La mole se agitó y recordé lo que había dicho el mayordomo.

—Tengo que ir al planeta Anthea del sector 567/RED y dejar un analizador de iones gaseosos, una parva de reactivos y un experto; llegar a las minas de antracita en 894/MIN a por una nave y remolcarla hasta el astillero en Ofiuco; pasar por uno de los asteroides de Huma-Tres y sacar a la tripulación de la Menister que ha quedado varada...

—Entonces, ¿ya has decidido en qué momento del viaje matarás a Merso?

Así lo largó. Primero pensé que estaba bromeando y me reí. Se puso tan furioso que los phisycs volvieron a entrar y el mayordomo me clavó su mirada más helada; yo salí, sumiso.

Esta vez, no hubo invitación a almorzar... Bueno, al rato el gordo estaba activado de nuevo y me miraba. Cuando me dirigí la palabra, era tan-

to el cansancio que sonaba en su voz que comprendí que lo anterior debió ser odio.

—Tienes que matar a Merso, ¿entiendes? Lo tienes que matar—dijo—. Sé que me queda poco tiempo de vida, pero no voy a pasar al otro lado sin asegurarme de que el tipo ése llegue allá antes que yo. Necesito, y eso es lo que vale la *Lucerna*, un trozo de su cuerpo para estar seguro de que lo has hecho. Por supuesto, no me conformaré con una mano o una pierna, sabemos que se puede seguir viviendo incompleto. Me refiero a su cabeza, como mínimo. Y separada de los demás órganos imprescindibles. Después firmaré los papeles que necesites para que esa apestosa nave sea tuya, definitivamente.

—Pero ¿qué fue lo que hizo este Merso? ¿Dónde lo encuentro? ¿Quién es? ¿Por qué tanto...?

[***]...donde el sistema 567/RED estaba representado con un bonito color ocre. Partimos de Cepheus con un contrato de medio año estándar de duración y llegamos a nuestro primer destino tras casi dos meses de absoluto aburrimiento, aliviado en parte por las interminables charlas—monólogos en realidad— con la IA, y partidas de holodrez. Éramos cuatro, pero no teníamos conversación. No me interesaba entablar con ellos ninguna clase de amistad. El único que me despertaba un mínimo de simpatía era Hughga, un típico ejemplar bajo y fornido de raza toroide; no sé por qué, quizá me causaban gracia sus pequeños cuernos frontales; se pasó casi todo el viaje jugando holodrez

con Sesinero, un gargutano de barba y mostacho verdosos, y con una cara de estafador que volteaba de espaldas. Por supuesto que no podía trampear en el holodrez, pero no me cabe duda que lo habría hecho si fuese posible; a Hughra no le gustaba perder. A veces intenté alentar polémicas y discusiones con comentarios fortuitos, como al descuido (¿Estaba ese peón allí hace un minuto? ¿No le habrás preguntado a la IA cómo ganarle a Hughra, verdad, Sesinero?), con la esperanza de que comenzara una auténtica gresca y poder entonces eliminar a Merso durante la confusión... pero la oportunidad jamás se presentó.

Merso era el otro humano de la nave; para mi sorpresa, parecía un auténtico caballero. Cabello entrecano, dos metros de altura, porte elegante, casi parecía un holo de Vieja Tierra poco antes del bombazo final. Incluso hoy sigo sin creer que este Merso haya sido de veras capaz de hacer lo que dijo Gurevella... ¿Pueden creerlo? ¿Quién se atrevería a...?

[***] ...por eso no lo escuché entrar. La puerta de la sala de mando se había deslizado sin que lo notara y cuando me di vuelta Merso ya estaba ahí, observándome. Pulsé el botón de desconexión.

—¿Seguimos la charla luego, capitán Nelsen? —dijo la IA, con ese tono enloquecedor de mujer fatal. ¿Por qué diablos se les ocurrirá a los programadores ponerles semejantes voces?

—Eh... la seguimos mañana. Buenas noches, IA.

—Bzz.

—Capitán Nelsen, tengo que hablar con usted.

Me giré en el sillón ergonómico, tan repleto de pantallas, palancas y sensores que la comodidad se iba al traste en cuanto te movías un poco.

—Te escucho Merso —dije. A mi derecha, las estrellas eran finísimas líneas de luz roja, verde y azul, según su lejanía. Diablos, qué rápido corría la *Lucerna*...

—Tan sólo necesito hacerle una pregunta. Puede responderla con una simple palabra, y casi puedo agregar que no me interesa lo que diga. —Dio unos pasos hacia mí. Sólo entonces fui consciente de su terrible seriedad—. Es su expresión la que me interesa. Si me miente, lo sabré.

Bueno, aquí tenemos a un hombre seguro de sí mismo, me dije; no imaginaba lo que se traía entre manos.

—Pregunta, Merso... Si te has peleado con alguno de los otros dos y quieres mi autorización para entablar un duelo o algo por el estilo, no tienes más que pedírmelo... —¡Diablos, qué más quería yo, que se mataran entre ellos!

—¿Conoce usted a Gurevella? —preguntó de sopetón, ignorando mis palabras.

Fueron los tres o cuatro segundos más largos de mi vida, en los que me esforcé como nunca por mantener mi mirada afable, contemplativa, casi indiferente, mientras mi corazón golpeaba a lo loco en algún rincón de mi pecho. No pude evitar el gesto de acomodarme el gorro de la suerte; si Merso lo consideró una traición de mis nervios, no lo hizo notar.

—Claro —dije, manteniéndome muy calmado—. Le debo el 40% de

esta nave y el viaje saldrá la deuda. ¿Por qué lo preguntas?

Me miró largamente; sus ojos azules eran dos vidrios pintados entre el flequillo blanco. Entonces dio media vuelta y, mientras se retiraba, dijo: —Olvídelo.

Bueno, fue entonces cuando supe que si bien el hombre sospechaba algo, al menos no tenía forma de averiguar que...

[***] ¡...pero me detuve justo a tiempo! Merso y yo teníamos puestos los trajes de presión; los mineros de Anthea pasaban a nuestro lado, sacando el esperado analizador por la esclusa. Cuando terminaron de salir y se perdieron dentro de una de las bocas, Merso me dio la espalda un instante, sólo un instante, y pude ver que la manguera del aire tenía el seguro suelto en la unión con la escafandra; consideré la desesperada posibilidad de darle un buen tirón para que el hijo de perra se descomprimiera frente a mis ojos y en no más de diez segundos saliera disparado hacia la negrura del vacío, sacudiendo las piernas mientras el chorro de aire lo elevaba más y más; el trabajo estaría por fin cumplido y la *Lucerna* sería mía, toda mía de una vez por todas; incluso llegué a cerrar mi puño alrededor de la maldita manguera y tensar los músculos...

Pero me detuve, justo a tiempo. Porque si Merso salía volando y abandonaba el asteroide, yo no podría recuperar su cuerpo y no tendría nada para llevarle a Gurevella, ni corazón ni cabeza para demostrarle que lo había matado...

[***] ...resultaba molesto. Claro que le había dicho que conocía a Gu-

revella y desde ese momento, el tipo permanecía alerta, siempre a una distancia considerable de mí.

Ya lo habíamos hecho todo: dejamos el analizador de iones gaseosos y los reactivos en el planeta Anthea, remolcamos la nave desde las minas de antracita hasta Ofiuco, y en ese momento estábamos en el asteroide Huma-Tres conduciendo a la tripulación sobreviviente hacia el interior de la *Lucerna*. Se me estaban acabando las oportunidades; la verdad es que hasta ese momento no había intentado matarlo; es que no imaginaba la manera de hacerlo, y ahora el tipo desconfiaba.

Debíamos llevar a los rescatados hasta los astilleros de Ofiuco y pasar al lado oscuro del planeta. Era la última parte del recorrido, o sea, la última oportunidad de hacer mi trabajo, porque según las instrucciones de Gurevella, Merso no debía pasar de allí.

Lo que el gordo no previó fue que los mineros del lado oscuro de Ofiuco estuvieran ya en el astillero, esperando una nave que los regresara a la civilización porque la mina se había derrumbado como consecuencia de una explosión volcánica, y la presencia de Merso sería innecesaria.

Decidimos volver a Cepheus, a cobrar los servicios prestados; la cosa se me iba de las manos; propuse lanzar las sondas para ver si encontrábamos algo de iridio en el camino de regreso, sugerencia que fue aceptada inmediatamente por Hugh y Sersinero —recolectores natos—, y por Merso, a regañadientes...

[***] ...me avisaron que Hugh no aparecía por ningún lado. Eso me in-

quietó bastante; no era que el tipo me importara demasiado, pero que sólo estuvieran Merso y Sesinero en la superficie... bueno, podían ponerse de acuerdo y quedarse con el iridio. Decidí, entonces, usar la otra lanzadera y bajar a ver qué estaba sucediendo.

Los monos que habían mencionado eran unos tremendos gorilas. Nada de mascotas que se pudieran llevar colgando de un brazo; pesaban el doble que yo, por lo menos. No supe que eran inteligentes hasta que hablaron; no me gustó demasiado que se quedaran en el borde de la selva... y no era por desconfianza, porque cuando me acercaba hasta allí, se alegraban y conversaban hasta por los codos; pero cuando regresaba hacia los túmulos, ellos se quedaban lejos, incluso gritando para que les escuchara.

Pasamos la primera noche...

[***] ...no soy un defensor de la vida natural de los animales, pero la manera en que esos gorilas se las arreglaban para sobrevivir me producía alguna repulsión. Necesitaban de la carnalita que el bicharraco de los túmulos extraía de las profundidades del planeta, y a cambio le entregaban unos animales la mar de simpáticos que se paraban en las patas traseras y unían las delanteras como si estuvieran orando... se parecían a los suricatos de Afroa.

Al principio, los gorilas no me explicaron nada sobre el bichejo —le llamaban urotí— porque desconfiaban, sobre todo porque pensaban que habíamos bajado buscando alguna riqueza, y para ellos esa palabra era sinónimo de carnalita. Logré verlo

una vez, cuando Merso se adentró en la selva buscando a Hugh y Sensinero.

Tuve una conversación con los gorilas; les dije que no nos interesaba la carnalita sino el iridio de que estaban hechos los túmulos —no les gustó demasiado porque temían quedarse sin sus cubos de potasio—, pero acordamos que tomaríamos cuatro y que les quedaría uno; en poco tiempo, otros nuevos surgirían. Pero no me dijeron que el urotí no sólo se alimentaba de los suricatos sino de cualquier proteína animal...

[***] ...comencé a hacer planes para que el urotí se lo tragara, aunque debía buscar una forma de quedarme con la cabeza... ¡Uff, qué complicado era todo eso!

[***] ...una tormenta de arena. ¡Maldita sea mi suerte! Justo cuando había logrado esquivar los tentáculos y poner a Merso a buena distancia del bicharraco, la arena hizo que esa cosa se metiera dentro del túmulo a toda velocidad.

Los gorilas nos llamaban a los gritos; parece que esa arena no era solamente arena y podía ser mortal. Nos metimos en una cueva, bastante confortable, hasta que la tormenta pasó. Entonces le dije a Merso que si no recolectábamos el iridio inmediatamente, lo mejor sería olvidarlo y regresar a Cepheus, que bastante duro sería explicar la desaparición de Hugh y Sensinero.

El tipo me miró un largo rato, como si intentara leer mis pensamientos. Sé que él no sabía nada del urotí, y que no sospechaba que ése sería su fin. Rayos, me dije, es mi última

oportunidad, si no lo logro esta vez, nunca más podré decir “esta nave es mía”...

Teníamos las dos lanzaderas, de modo que pudimos cargar el iridio en poco tiempo. Yo no perdía de vista el túmulo que había quedado entero; esperaba ver asomar los tentáculos de un momento a otro.

[***] ...sin saber qué hacer. El urotí no sólo me había escamoteado a Merso sin dejarme nada con qué probar su desaparición sino también a mi Lucerna, y tal vez incluso mi vida, si Gurevella se enfurecía. Me quedé anonadado, mirando el túmulo como un estúpido. Entonces por el borde empezó a asomar una parte bulbosa y rosada que palpitaba, que de repente ¡plop! soltó una hilera de bolas que bajaron rodando hasta casi mis pies; recogí una de ellas y me sorprendió descubrir que, pese a su procedencia, no tenían mal olor; todo lo contrario. Entonces me di cuenta de que lo único que me quedaba de Merso eran esas bolas, de modo que las recogí todas, las metí en mi bolsa y me preparé para partir. A lo lejos, desde el borde de la selva, los gorilas observaban inmóviles. Levanté una mano a modo de saludo y acoplé las lanzaderas. Pero antes de partir regresé junto al grupo y le dije a...

[***] ...probablemente lo habían despedido: Gurevella tenía pocas pulgas, y mi reciente aventura era una prueba elocuente de su malsano sentido del humor. El nuevo mayordomo me recibió con amabilidad, aunque clavó su mirada —también los guardias de seguridad— en el suricato que caminaba a mi lado, en dos patas y

orando, al final de una correa. Gurevella me esperaba y eso zanjaba toda la cuestión.

El mayordomo me condujo hasta la estancia del gordo y, con gesto ahora adusto, me permitió pasar con la mascota.

Acostado en la ciclópea cama, el magnate parecía no haberse movido desde nuestro último encuentro. Había pasado casi un año I.K. y yo ya no era el mismo. Con la bodega de la *Lucerna* repleta de iridio (una fortuna que simplemente me resistía a calcular), la experiencia en el planetoide de los gorilas y el dilema previo entre matar o no matar a Merso, me sentía un nuevo Nelsen, un Nelsen que sólo pensaba en la venganza. Ni siquiera la inminente recuperación del título de propiedad de la *Lucerna* podía quitarme de la cabeza la idea de terminar con el gordo. Pero para eso...

—¡Capitán Nelsen, ha regresado! —exclamó el holo, sonriendo desde el techo. El Gurevella de la cama también intentó una sonrisa sin lograrlo, las mejillas demasiado hinchadas para componer un gesto mínimamente humano—. Acaban de llamarme desde los Astilleros Dockba. Parece que la *Lucerna* ha regresado de su misión, sana y salva. Y puestos en eso... ¿Qué hay de la misión de Nelsen? —agregó—. ¿Pudo él cumplir con la suya? Porque no veo que traigas aquello que tan fervientemente te pedí...

Carraspeé y me removí inquieto, frente a la cama. Presentía que a mis espaldas había quedado el mayordomo, esperando el momento de actuar; hasta podía imaginar la pistola

escondida en su esmoquin... y los turbocañones apuntándome desde todos los rincones de la estancia.

—¿Quieres un relato detallado? —pregunté, tratando de ganar tiempo y de relajarme un poco—. La bodega de la *Lucerna* está llena de iridio.

Algo se agitó entre los pliegues de grasa.

—¿Iridio? —repitió el holo del gordo—. ¿Tal vez de algún lugar dentro de mi territorio? —Comenzó a réir por lo bajo hasta que las carcajadas se volvieron atronadoras—. O sea —dijo, jadeante—, que en lugar de la cabeza del bastardo me ofreces una bodega de iridio de mi propiedad. ¡Asno!

—No es de tu propiedad, claro, y menos si te entrego lo que me encargaste.

Ahora el holo de Gurevella se quedó quieto, casi desactivado, mientras un brazo se alzaba de la cama y se agitaba febrilmente. El mayordomo se aproximó haciendo un arco para no perderme de vista.

—¡Sácale, sácale! —dijo el gordo; el mayordomo llevaba el arma en la mano—. ¡En la bolsa, maldita sea!

Me la arrancó; la soltó sobre el piso y me dio un golpe en la oreja que me aturdió. Cuando me repuse, estaba sujeto a una silla; el suricato, amedrentado por la violencia de los hechos, se había alejado pero podía ver el extremo de la correa, que salía de detrás del biombo.

El mayordomo abrió la bolsa y sacó un puñado de bolas; se las mostró a su patrón, desconcertado.

—¿Qué es eso? —preguntó el gordo. Algo de su antigua vitalidad

estaba reapareciendo en forma de curiosidad; pero cuando las miró más de cerca se volvió hacia mí, rojo de furia—. ¿Bromeas? Te puede costar la vida. ¿Acaso me has traído unas bolas de chocolate a cambio de Merso?

—Espera que te explique... —comencé, tratando de encontrar una manera de salir de allí con vida. Pero entonces vi que la mano del gordo cogía un puñado de bolas y se las metía en la boca. El holo se volvió a activar para mostrarme su expresión de placer supremo. Me quedé muy quieto, mirándolo; era parte de mi venganza, que el gordo comiera heces, y que en las heces estuviera su odiado Merso. Pero no podía permitir que se las comiera todas.

—Te estás comiendo a Merso —dije, con voz plana y calmada.

Se congeló. Un puñado quedó a mitad camino... y su rostro comenzó a ponerse violeta. El mayordomo se acercó solícito, dejando el arma a un lado para presionar una serie de botones de las máquinas junto a la cama.

Mi suricato, ¡oh, maravilla de la naturaleza!, tomó el arma y volvió a desaparecer detrás del biombo.

[***] ...y cayó. Realmente, no me había percatado de que el mayordomo fuera un robot... Claro, antes de hacerlo había activado la alarma. Giré la cabeza hacia el gordo; estaba muerto, o casi.

Traté de soltarme, pero lo que me sujetaba era algo electrónico y no cedía a mis tirones. El suricato estaba parado en dos patas y me observaba. En una de las manos todavía sostenía el arma; en la otra, mi bolsa. A

pesar de las alarmas, nadie aparecía por la entrada del elevador y el animal se veía tranquilo. Soltó la pistola y metió la mano en la bolsa; sacó una, la observó, la olió... y se puso furioso.

[***] ...hasta terminar. No sé qué hacer con esta herida...

[***] ...el suricato se echó a mi lado, y juro que me mira con sentimiento; creo que entiende lo que ha hecho y está arrepentido. Bueno, ya terminé de grabar lo sucedido; espero

que alguien encuentre el aparato y saque alguna conclusión. No tengo familia...

[***] ...muy gracioso. ¡Mierda que duele esta cosa! Y está teniendo muy mal aspecto. Bueno, un disparo con esas pistolas debe ser algo serio, si lo pienso.

[***] ¡Hasta la vista, muchachos!

© GRACIELA LORENZO TILLARD
- FABIO FERRERAS, 2008.



GRACIELA LORENZO TILLARD
(Argentina —Córdoba—)

Asidua colaboradora en *fanzines* tanto electrónicos como en papel, su cuento *Vitrox* se publicó en **NM 8**.
Tiene su sitio *web* en <http://lorenzoservidor.com.ar>.

FABIO FERRERAS
(Argentina —Bahía Blanca, 1972—)

Colaborador frecuente en revistas argentinas y españolas, en **NM** publicó *Desplazamiento* (# 4).
Tiene su sitio *web* en <http://usuarios.lycos.es/fabioferreras>.

DOCE ÁGUILAS AMARILLAS

PATRICIO CHAIJA

La guerra florida aún no había terminado. Luego de una relativa calma, éramos víctimas de una de las maneras más horrosas de expoliación: nos mentían mientras nos mataban, despacio, lentamente, seccionando nuestra carne con palabras más duras y filosas que la obsidiana. Comprendimos que los seres que habían venido por el mar no habían ascendido del Xibalbá; aquél no era Quetzalcóatl; no eran inmortales. La primera impresión es significativa, y por eso nos dejamos llevar por el ropaje extraño y evidente, para muchos, de que las antiguas leyendas se cumplían. Ya algunas mujeres hablaban desconfiadas entre ellas; Ixmucapé había querido advertírmelo pero yo no le hice caso.

Vinieron a Mani por el sendero que anda entre los árboles, guiados por algunos pendencieros de la costa. El día que los vi por primera vez el cielo estaba cubierto de nubes, con el aro de fuego detrás de ellas. Hacía calor y yo me encontraba de pie entre cinco o seis personas, recitando un

cantar de flores, uno que había compuesto poco tiempo atrás en el templo. Impulsado por mis palabras, había dado una voltereta para acompañar con el cuerpo la idea de que morir elegido por un fuego del cielo era lo mejor que le podía pasar a uno. Entonces mis ojos habían advertido unas figuras que salían de la espesura.

Al principio me parecieron monstruos, seres horrosos que nos comerían la cabeza si no huíamos enseñuida; después vi que venían con los de la costa, y me tranquilicé, pero sin dejar de estar en guardia. Se empezó a armar un gran revuelo; toda la ciudad venía desde la espesura, llamada a los gritos, y rodeaba a los nuevos, conservando una temerosa distancia. Eran hombres más feos de lo que uno pueda imaginar: tenían pelo en la cara, olían mal y la nariz les sobresalía mucho, hasta el punto que pronto se empezó a extender el dicho de que tenían la cara muy atrás. Lo que antes parecía un cuerpo soberbio se advirtió que eran vestiduras hechas de metal. Debajo eran piel y huesos, más o menos.

Pidieron hablar con el señor de la casa, de la tierra del Corazón del cielo. No se entendieron mucho con el gran hombre nuestro, que todo lo sabe, y por eso cinco de ellos partieron hacia la espesura, al sur, y tres se quedaron con nosotros, pasando las noches y los días en unas viviendas precarias en la plaza, hechas con pieles y hojas, que daba risa verlas; verdaderamente, eran seres inferiores.

Compuse varias flores en burla de los extraños, y rápidamente devine en el cantante favorito de la región. Todo el mundo me pedía que cantase varias veces al día. Como no nos molestaban, les dejamos hacer su vida: ellos nos miraban con los ojos entornados y en silencio, como si quisieran ver a través de nosotros el paisaje fabuloso que habían dejado atrás para venir aquí.

“Vienen de un lugar que queda más allá del agua”, dijo Ah Bam, “donde nacen víboras de las frutas, y se pasean animales más grandes que el templo al Sol”. Como Ah Bam es el sacerdote, ninguno se le opuso, y por eso le creímos todo lo que nos dijo, e hicimos lo que nos pidió sin replicar. Este joven sacerdote es de mal carácter, por eso nadie le opuso palabras cuando ordenó que tomáramos prisioneros a dos de ellos, y que atáramos al tercero en una columna azul en la plaza. Nos reunimos todos ahí. Hacía mucho calor cuando los atabales comenzaron a sonar en el aire, llenando el espacio con sones que iban y venían, iban y venían, y la cadencia no adormilaba porque estábamos expectantes por el espectáculo; muchos sonreían y hasta los más chicos corrían de contentos.

El extranjero tenía flores sobre las manos, en los pies, y en su cuerpo también. Así estaba perfumado. Mocetones recios, hombres del escudo en orden, entraron hasta el medio de la plaza y danzaron. Uno solo preparó sus flechas con catsim, con veneno en la punta. Sin dejar de moverse alrededor del atado, le clavó una flecha en el estómago donde más duele y más se sufre, para que su agonía durara más. Los cuerpos vibrantes de los que danzaban, lubricados con la grasa de ciervo macho, estaban cubiertos de sudor. El flechador volvió a lanzar, en la siguiente vuelta, otra flecha. Luego de mucho tiempo, tras varias vueltas alrededor del hombre marnatado y a la decimosexta flecha, certera en medio del cuello, el hombre dejó de gritar.

Ya el Sol bajo, todo el mundo bajo la pirámide. El primero de los hombres fue sacrificado por Ah Bam, quien le clavó el cuchillo negro en el sobaco y le arrancó el corazón palpitante. Bebió su sangre y se purificó el cuerpo con la sustancia, manchándose adrede por completo. Empujó el cadáver por la escalinata; cuando llegó abajo, los sacerdotes lo cortaron en pedacitos y varios chicos se pelearon viendo quién podía llevar más de los restos del extraño a la olla común. El segundo hombre fue sacrificado también, y los dos corazones fueron arrojados a la boca del dios de piedra que crea el día; la imagen rodeada de doce monolitos de piedra blanca.

Ah Bam nos había dicho que era necesario, sin más explicaciones, que sacrificásemos a los extranjeros. Se advirtió, de manera velada, en su de-

cir, que era por motivos religiosos; pero yo sospeché que en realidad era porque hacía rato que nuestro pueblo no probaba la carne. Por eso sólo pudimos comer a dos de ellos; el tercero estaba manchado por las flechas matoradoras.

Llegaron más, por supuesto. Los recibimos con los brazos abiertos, haciendo gala de nuestras costumbres más auspiciosas, cuando nos convenía, y de nuestro teatro más genial, haciéndonos los que no comprendíamos, cuando era necesario. Expusieron sus doctrinas y escuchamos sin replicar. Se explayaron en teorías raras. Escuchamos. “¿Dónde están los que pasaron por acá?”, preguntaron. “No sabemos”, dijimos. Se fueron haciendo cada vez más amigables, hasta que ya nos parecieron parte del paisaje; eran cien y cada año llegaban más, nos enseñaban cosas sobre un hombre que ofrecía su corazón al dios, que comprendimos era el Corazón del Cielo, la engendradora de vida, y el pueblo aceptó esa creencia. Y fue aceptada porque se entendió que ese episodio remitía a otro más antiguo, que recordaba en la gente el nombre de Tohil y su trueque de fuego por sobacos. Así pasaron más de treinta años. La guerra florida aún no había terminado; nos cazaban con moralejas, esculpiendo nuestras almas entre las nubes, arrancando nuestro fuego vital, motor que nunca descansa, dador de sangre y sabiduría, con palabras de obsidiana.

Pasaron treinta años hasta que llegó el viejo. Era bajo y morrudo, con la

cabeza ancha como sus hombros, y tenía la nariz retorcida como la raíz de un árbol. Apenas le quedaba pelo, que era como la lluvia fina y blanca del invierno. Lo menciono porque a partir de su llegada cambiaron algunas cosas. Era muy ardoroso, y caminaba y hablaba con ritmo fuerte, que nunca descansaba. Era muy ferviente en sus creencias sobre el hombre que muere pegado a dos maderos, y se enfurecía con quienes no mencionaban sus oraciones. Al principio no era así. Nos dejaba hacer nuestra vida, y cada uno desarrollaba su tarea, en el campo o en el gobierno, o en la casa, mientras ellos hablaban y nos miraban como estudiándonos. Yo seguía yendo a la biblioteca a refrescar viejos cantos y componer nuevos, y nadie me lo impedía. Hacía diez años que estaba a cargo de las escrituras de la ciudad. La biblioteca era el depósito de inscripciones más grande que hay en esta parte del mundo, y yo estaba a cargo, gracias a las composiciones que me habían hecho famoso en la región. Recuerdo haber ido temprano a recorrer los pasillos llenos de caracteres, dubitativo al escoger un lugar por donde comenzar. Entonces se me pasaban las horas, y me perdía la luz del día.

Diego de Landa —así se llamaba el viejo— no me impidió seguir con este proceder hasta por lo menos un año después de su llegada. Pero ya voy a llegar a eso.

Antes debo contar que se comenzaron a hacer, oficiados por el sacerdote de Landa, rituales cada siete días. Ah Bam nos dijo que no nos opusiera-

mos, ya que este culto, en apariencia bárbaro y retrógrado, parecía alabar al Corazón del Cielo.

Él, mientras tanto, iba y venía de Mani a Dzitbalché, que es el lugar en donde Ah Bam había nacido. Estaba entre quince días en un lugar, partía, se quedaba quince días en el otro, y así vivía. Es que en Dzitbalché no tenían sacerdote, y era necesario que Ah Bam viajara para auspicar los rituales verdaderos, los que alimentan a los dioses, llenos de la vida primera de los hombres de maíz.

Una sola vez vi a Ah Bam asustado, y fue en una noche en que me fue a visitar a mi choza. Ya estábamos por echarnos a dormir con Ixmucapé cuando una figura irrumpe en nuestra choza. Era el sacerdote quiché. Hablaba en voz baja, su cara estaba nerviosa, y esto es lo que me dijo: “Estaba de camino a mi ciudad, Dzitbalché, hace tres días, cuando, en medio de un monte, me asaltó una visión impresionante. En ella la tierra temblaba, caían una formas gigantescas del cielo, envueltas en llamas; el mundo estaba incendiado, las chozas y los templos ardían, aunque me pareció verlos dibujados y, detrás de las llamas, vi al padre Diego de Landa. Entonces volví de la visión, y me encontraba de pie y caminando por el monte, y era de día. Me di vuelta y regresé”.

Ésas eran las palabras que Ah Bam había pronunciado en la choza en que vivíamos con Ixmucapé. Ella le dijo que qué debía hacerse, y él fue claro: “Tenemos que prepararnos para luchar”. Pero yo estaba cansado y somnoliento, por lo que le dije que se

fuera, que en pocos días lo iba a llamar e íbamos a detallar la acción a seguir.

No tuvimos de esperar mucho. Porque, esa misma noche, soñé, y esto fue lo que sucedió.

Me hallaba en medio de un campo fulminado, ralo, amarillento y lleno de serpientes. De repente desde el cielo caen unos bultos gigantescos, rápidamente, pero descienden su velocidad cerca de la tierra, ya que se posan acá y allá con suavidad. En mi sueño sé que son los doce Águilas Amarillas. Uno baja frente a mí, y me mira. Mide tres metros, o más. Es un ser dorado, como un hombre, pero su cuerpo es de metal. Tiene unas alas cortas y gruesas; en el fondo de sus cuencas se advierte un fuego rojo. El Águila me mira en silencio, y ninguno de los dos vemos la necesidad de romper esa instancia previa al diálogo. Hasta que por fin habla. Su voz es gruesa y resonante, como si procediera del fondo de un acantilado. Me cuenta de la expoliación que debemos sufrir los quichés, y muchas otras tribus y razas a causa del hombre blanco (así llama a la raza de seres enfermizos y peludos). Me habla por una eternidad condensada en unas horas. Me indica qué debo hacer, porque así lo espera el Corazón del cielo, la matriz de las cosas. Luego ascienden al firmamento.

Me despierto, y compruebo que ya es de noche. Ixmucapé aún duerme a mi lado. Debe haber pasado poco tiempo desde que nos acostamos. A la mañana siguiente me levanto y voy a la biblioteca, sin rodeos. Tengo

que cumplir con lo que me encomendaron los doce bravos guerreros del alba, los Doce Águilas.

Durante siete veces siete días con sus noches escribo; en ello advierto el sello de mi nacimiento. Mi vida anterior fue sólo una preparación para este momento. Entonces gozo, y sufro. Sé que el fin está cerca.

Cuando termino, le entrego el manuscrito a Ah Bam, quien ya sabe lo que me encomendaron los doce. Él me dice que los llevará a Dzitbalché, donde estará protegido de las llamas de los extraños. Es que las fogatas del padre de Landa ya comenzaron; son pequeñas, pero varios temen que terminen con todas nuestras escrituras. Ixmucapé me dice que desconfía de Ah Bam, que nunca le cayó bien, que lo que escribí es demasiado bueno y el muy taimado es capaz de adjudicárselo. Pero yo no le hago caso. ¿Qué puede saber una mujer del arte de la escritura?

Los *Cantares de Mani*, como titulé la obra, partieron con Ah Bam una madrugada alerta. Él quería que le hiciera una portada, pero yo me opuse. Soy el mejor poeta del reino y no me digno en hacer correcciones sobre los consejos de nadie. En síntesis, los *Cantares* partieron.

Esta noche estamos frente a la biblioteca. El padre Diego de Landa ordenó que la gente sacase todos los textos en lengua quiché de la biblioteca y los amontonase en esta plaza. Yo me sentí indignado, pero me contuve. Todo el mundo se mostró inexpresivo, sin importarle que quemasen los tex-

tos de nuestra cultura, tal como lo ordenaron los doce. Así, los extranjeros creen que aceptamos a rajatabla sus creencias. Pobre de ellos.

Su destrucción ya está en marcha. Mientras observo cómo arden las palabras y las cosas, puestas durante siglos por escrito, me regocijo ante la idea de que el mecanismo que terminará con el hombre blanco —así lo llamaban los doce Águilas Amarillas— comenzó a funcionar desde que escribí el libro de los *Cantares de Mani*. Todos saben el plan, por mi boca, porque les conté lo que nos encomendaban los doce. La orden es ésta: simular pasividad; dentro de algunos siglos comenzará la destrucción. Quizá sea mañana, o dentro de miles de años; no lo sé. Los quince *Cantares de Mani*, dedicados al Sol, a la Tierra, al amor, a la fauna, y a la descripción de cuando matamos a un extranjero con flechas, llevan cifrado en su interior el término detonante. Cuando los extranjeros quieran reconstruir lo que ahora queman —según vaticinaron los doce, el mismo padre de Landa querrá restaurar lo que ahora aborrece— estudiarán nuestras composiciones. Así llegará a sus manos el libro con los cantares que compuse y, mañana o dentro de mil años, cuando el exégeta pronuncie la máxima que entreveré en el tejido de mis flores, ese día los doce bajarán a la tierra y devastarán su faz, para que los quichés vuelvan a reinar para siempre, como corresponde, como lo pide el Corazón del Cielo, la engendradora de vida. Así sea.

Frente a las llamas, veo un gráfico de una casa quiché retorcerse y venir a morir a mis pies. Me recuerda

la visión profética que tuvo Ah Bam una tarde, en el monte. La tribu espera frente a las llamas.

Ixmucapé me toma de la mano.

© PATRICIO CHAIJA, 2003.



PATRICIO CHAIJA
(Paraguay —Ciudad del Este, 1982—)

Aunque nació en el Paraguay, es argentino, y vive en Bahía Blanca. Profesor en Letras, ejerce la docencia en varias escuelas medias. Comenzó a escribir a los doce años (un cuento de terror: *Manta raya*), y tiene varias novelas inéditas. A los diecisiete estrenó *El precio de los sueños*. Recibió algunos premios locales y provinciales por sus relatos. Fue becado por Fundación Antorchas durante 2002-2003.

Publicó en **Axxón** y en **Fantasymundo**.

Tiene un *fotolog* con fotos y noticias sobre sus relatos, entre muchas otras cosas (www.fotolog.com/elreypato).

LA CANCIÓN DE COMBATE

TERESA PILAR MIRA DE ECHEVERRÍA

En un módulo orbital, por demás pequeño, se entonaban canciones de combate.

*Sobre el horizonte, destellos escarlatas;
bajo el suelo, retumban las descargas;
en el aire se huele la metralla.
Lucha, lucha, lucha. Nace la batalla...*

Hacía cinco horas que el pequeño vehículo descendía en caída libre hacia el planeta...

*Luna de combate, sol de la descarga,
canta el láser silbando en el plasma.
Sufre, gime, llora, el cobarde enemigo.
Sin compasión, sin compasión. Nace la
[batalla...*

...Y las cinco horas FIL las había vivido saboreando el miedo. La tensión de cada uno de sus músculos había ido creciendo firmemente, poco a poco, en forma casi imperceptible, hasta que sus uñas se clavaban en sus palmas, o la quijada le dolía de tanto apretar sus dientes, o la garganta se le endurecía por el nudo contenido.

*Corre, grita, aúlla, el bravo soldado.
Saltan, brincan, silban, explotan las balas.*

*Eres el mejor, eres el mejor, lo sabes,
[lo sabes.
Sin miedo, sin miedo. Nace la batalla...*

Estaba amarrado a su asiento con el casco y el traje ya puestos. Por detrás del vidrio oscuro, sus ojos buscaban un refugio en alguien, un punto de apoyo en algún rostro; pero no hallaba más que frialdad o más miedo.

A los dieciséis años las emociones son muy fuertes y caer por primera vez en una zona de combate lo estaba enloqueciendo.

*El cielo se inyecta, de rojo de sangre;
estalla el combate, la lucha ya estalla;
la sed de victoria anida en las almas
sedientas de acero. Nace la batalla...*

Miró desesperadamente a derecha e izquierda y se preguntó, ¿por qué?

¿Por qué estaba allí amarrado y desesperado, cayendo hacia el horror? ¿Por qué no estaba en su casa viendo una mnemopelícula? ¿Por qué no estaba andando en aeropatín con sus amigos de incubadora? ¿Por qué no estaba disfrutando de un paseo

con sus hijos? ¿Por qué no estaba viviendo?

*La sangre se agita, corriendo furiosa,
el temple se prueba en el fiero soldado,
rebeldes, terribles, valientes guerreros.
De prisa, de prisa, nace la batalla...*

La respiración se le aceleró y extrañó cosas absurdas: extrañó reñir con sus hermanos, extrañó quejarse de los nichos instructores, extrañó protestar por los límites sociales, correr por el césped, contar los embriones que en pocas semanas llevarían su mismo rostro, reír porque sí.

Extrañó sobre todo estar tranquilo.

¿Cómo se sentía no tener miedo? Ya lo había olvidado.

“CATORCE MINUTOS PARA PENETRACIÓN ATMOSFÉRICA”.

Fue todo lo que la voz del computador dijo.

Las canciones cesaron.

¡Dios! ¡Catorce minutos! ¡No!

No sabía bien si era demasiado tiempo o demasiado poco; sólo supo que en ese momento el corazón le dio un vuelco; deseó estar muy lejos de allí, huir, correr, escapar...

Su pecho era una caja de resonancia para su corazón; el traje comenzó a latirle junto con las sienas.

“Tranquilo chico”, oyó que le decía alguien.

Todos estaban preparando sus cosas con rutinaria tranquilidad.

Él las había preparado hacía horas y ahora estaba paralizado.

Los dedos se aferraban al asiento, los ojos se le abrían desmesuradamente; sentía tanto miedo que estaba al borde del desmayo. Lo sentía corriendo alocado por sus arterias, hormi-

gueándole en todo el cuerpo, haciéndolo flotar cerca del delirio.

—FIL, tú serás el tercero.

—¡Sí, capitán! —gritó como todos los demás, pero su grito se cortó en el final, en un quejido inaudible, en un golpe de terror, cuando frente a él se abrió la compuerta.

El cielo naranja, amarillo y rojo de violentas nubes de sulfuro y ácido giraban enloquecidas; la densidad de la atmósfera casi líquida y al rojo vivo podía sentirse en la mirada.

El redoblar de tambores atronó sus oídos y, como en una marcha marcial, cada uno de los hombres salió disparado en sus asientos, encerrados en sus burbujas anticompresivas hacia la compuerta, hacia el cielo de nubes amarillas, hacia el calor, el ácido, la guerra de allá abajo.

Sintió el empuje inicial y luego su temor se inmovilizó; lo invadió una sensación de nada al ver crecer frente a sí ese cielo terrible mientras se precipitaba a la puerta.

Y, finalmente, comenzó a caer más y más.

Los paracaídas metálicos planeaban en la densa atmósfera y eran agitados como plumas en el furioso viento sulfúrico.

Sus ojos trataron de captar algo de la salvaje belleza de aquellos quinientos grados Celsius atmosféricos, mientras los rayos caían sobre las alas metálicas de sus compañeros, vaporizándolos.

Rayos, viento, calor, sequía ardiente, ácido, naranja, amarillo y más naranja.

“CAE... EN LAKSHMI DENTR... ISH... AR... ERRA DEL VOL... COLE...”.

El mensaje llegó cubierto de interferencia a sus oídos, pero él ya conocía su destino: Lakshmi, cerca del volcán Colette, en Ishtar Terra. El cálculo incluía un desvío, a causa de los vientos, de varios cientos de kilómetros, que deberían cubrir a pie por entre los terribles desiertos candentes.

Tras varios cientos de minutos de caída libre, tocó suelo. Alcanzó a salir de debajo del ala metálica que se desahacía lentamente bajo la presión atmosférica. La roca semifundida cedía bajo el peso de sus grandes botas.

El aire vibraba y se sacudía, y las imágenes se movían constantemente, oscilando y confiriéndole a todo la apariencia de un espejismo movedido y traicionero. El polvo de azufre y cloro flotaba en el aire, entre la fina dispersión de ácido sulfhídrico.

Constantemente los haces eléctricos de su casco dispersaban el polvo del visor, pero una fina capa amarillenta se acumuló sobre su traje.

Inició su camino intentando rasotrear a algún compañero por medio de los instrumentos de su mochila, pero no halló a nadie. Sus pies se hundían hasta el tobillo en el candente suelo plástico.

Miró al frente con miedo, con estupor, con desesperación. Estaba solo y aquel lugar parecía reírse en una macabra expresión del aire ondulante y vibrante.

Cuatro horas después mantenía el ritmo de su caminata lo más firme que podía, escuchaba su propia respiración minuto tras minuto, tras minuto, tras minuto... concentrándose en distinguir en el horizonte algún punto fijo en ese caos semibrumoso y

oscurecido de rojos y naranjas. Se imaginó a sí mismo visto desde lo alto por los flópteros negros del enemigo: un punto amarillo arrastrándose a penas sobre la superficie aterciopelada color bermellón; sería un blanco perfecto, una rutinaria eliminación, casi un entrenamiento de tiro para sus oponentes, que ni siquiera se molestarían en avisar de su baja.

Nadie lo encontraría. Perdería finalmente sus fuerzas y se dejaría abandonar. O se le terminaría el oxígeno del traje. O su armadura fallaría y el calor y la presión de Venus al fin darían con su débil carne. O las drogas perderían su efecto y se dormiría luego de unos días, mientras la lava ardiente lo cubría.

Trató de olvidar esos pensamientos paranoicos e hizo silencio en su mente. Podía sentir los latidos de su acelerado corazón en sus sienas.

¿Hacia dónde estaba caminando? ¿Dónde estaba el puesto de reunión?

—Un momento, es la droga de combate —habló para sí mismo, sintiendo casi la humedad de sus palabras contra el visor—. Estás asustado por la droga. Tranquilo... tranquilo... ¡Oh, Dios, estoy solo! ¡Estoy completamente solo en este infierno! ¡Alguien que me ayude!... No, no, no; quieto, lento, tranquilo... Uno, dos, tres...

Comenzó a contar uno a uno los pasos que daba. Al frente, un nubarrón amarronado giraba y giraba sobre el fondo amarillo del cielo; el gran manchón comenzó a crecer y crecer, cada vez más; pronto le caería encima y lo absorberían sus torbellinos. Gritó, y el grito lo volvió en sí entre jadeos.

—No es cierto, estoy delirando, estúpida droga, ¡estúpida droga!, ¡ESTÚPIDA DROGA!

Cerró los ojos un momento y respiró profundamente; el traje-armadura le pesaba enormemente, pero su cuerpo parecía pesarle aún más.

—“Sobre el horizonte... destellos escarlatas... bajo, bajo el su... suelo, retumban las descargas... en el aire... se huele la metralla... lucha, lucha, lucha, nace la batalla, lunas de combate...”.

FIL cantaba a media voz con los ojos entrecerrados mientras caminaba muy lentamente.

—“...sol de la descarga... canta el láser silbando en el plasma. Sufre... gime... llora... el cobarde... el cobarde...”.

Trepó por una colina un poco más compacta que el suelo que lo atrapaba y se asomó al otro lado. Allí abajo se extendía un gigantesco lago color rojo coral: azufre líquido y lava. El paisaje retenía su mirada hipnotizándolo. El rojo era tan perfecto, tan suave; la corriente discurría tan lenta, tan viscosa y lenta... tan suave, tan lenta... tan lenta... tan lenta...

FIL sacudió la cabeza para reaccionar; no sabía bien aún si era la droga o el paisaje, pero no podía permanecer mucho tiempo contemplando aquella visión sin sentir deseos de arrojarla allí.

Bajó la pendiente y se sentó donde el suelo parecía más firme, bajo una gran roca aún intacta.

Controló el tiempo, puso la alarma para despertar y calibró el paso del suero a su cuerpo.

Se quedó mirando un punto inexistente allá a lo lejos mientras recordaba paisajes más gratos.

Volvieron a su memoria colores ya olvidados: el celeste pulido del cielo, el profundo azul frío del mar, los miles de verdes de las plantas... La sensación de vivir sin armadura, respirando aire, sintiendo el viento, comiendo sólidos otra vez. Sin el eterno frío en los huesos que le inoculaba el suero aislante. La dureza del pavimento bajo los pies, la suavidad de la hierba, el agua... ¡Sobre todo el agua!

Estaba sediento de azul, celeste, verde... Necesitaba la frescura de esos colores.

El cansancio le impedía sentir miedo, o al menos ya no le quedaban fuerzas para entrar en pánico otra vez.

Una dulce y tranquilizadora sensación de resignación se apoderó de él; no estaba preocupado de darse por vencido, hasta lo deseaba... pero de todos modos la droga que iba unida a su alimento no lo dejaría estar en paz; dentro de unas horas lo tendría en alerta, con oleadas de adrenalina agitándose en el mar de su sangre. Tensaría sus músculos, aceleraría su pulso, despertaría y reforzaría sus sentidos, lo pondría insoportablemente alerta y helado.

Y una vez en la batalla lo volvería salvaje, terrible, animal. Arremetería contra sus enemigos sin sentir miedo; sólo odio. Dispararía los láser una y otra vez y, si él mismo no moría, destrozaría a muchos en su alcada carrera.

Ya lo había hecho docenas de veces en otras zonas estratégicas del Sistema Solar: a los catorce, por primera vez, en los piadosamente helados cañones marrones de Titán; luego, durante tareas de reconocimiento en la castigada Japeto, y en Tritón... Bajo la in-

signia de las Lunas Soberanas había cumplido los quince en una prisión casi ingravida de la insignificante Larisa, hasta que la Federación de Planetas pagó la multa por sus hombres más fuertes. Pero ésta era la primera vez que Lunas Soberanas reclamaba un cuerpo no satelitario y sin satélites.

Venus.

La sangre se vertería, pero no se distinguiría del rojo del azufre caliente.

Él mismo no sentiría dolor, anestesiado por la droga y el furor de la batalla.

Y cuando todo hubiera terminado, y el suelo se hallase sembrado de cuerpos aplastados por la presión, la droga lo abandonaría. El silbido de las lanchas aéreas lo llamaría y él caminaría como un robot, sin ver ni sentir. Se subiría al vehículo y ni siquiera notaría los lugares vacíos entre sus compañeros, de quienes no conocía siquiera el número de serie y menos aún el nombre.

Entonces, a la noche, en las barracas, cuando se despertase su conciencia y comenzara a clamar justicia, cuando el impulso de terminar por propia mano consigo mismo ya no pudiera ser refrenado, entonces aparecerían los médicos en su ronda nocturna habitual y les suministrarían otra droga que los calmaría y los haría sentir la artificial felicidad de no pensar en nada. Y él olvidaría todo, y se dormiría en un sueño sin sueños, y al otro día, al despertar, todos fingirían que nada había sucedido y que la batalla que se acercaba era *una más, la de rutina*.

Cerró los ojos y lloró en silencio, apenas dejaba escapar un sollozo entrecortado...

¿Dónde estaba su padre ahora? ¿Dónde estás, mamá? ¿Por qué estaba allí, muriendo lentamente y arrasando otra vez, en su muerte, a tantos otros?

El *bip-bip-bip* de la alarma lo hizo despertar de sus cavilaciones.

Desconectó de un golpe seco la sonda del suero. La alarma de su traje no se hizo esperar: "PELIGRO. ALIMENTACIÓN INSUFICIENTE. CANTIDAD DE DROGA INSUFICIENTE. PELIGRO".

Por lo menos ya no tendría que temerse a sí mismo, y estaría consciente.

—Bien, FIL —dijo para sí—, ahora a encontrar a tu tropa. Lo mejor de esta sucia guerra está por venir. ¡A encontrar tu batallón!

El primer flóptero surgió bajo sobre el horizonte; los otros dos, unos segundos después, un poco más atrás. Negros y silenciosos volaban rasando la superficie. Sus aspas encapsuladas apenas revolucionaban en el denso aire que ellos mismos se autosuministraban, como enormes insectos de ónix sobre el naranja marco del cielo.

Caminó lentamente y se tendió boca arriba sobre una explanada amarilla, esperando que el azufre depositado sobre su traje lo camuflara. Desconectó los impulsos eléctricos del visor porque el vidrio oscuro lo haría visible, y en breves segundos una fina capa sulfurosa cegó su visión por completo.

FIL sólo escuchaba el ruido lento de los flópteros sobre él; no podía ver más que una pulida superficie dorada pálida, y sentía las punzadas del adormecimiento de sus miembros por la inactividad a tan tremenda presión.

Tendido, boca arriba, ciego, cubierto sólo por una fina capa de azufre en medio de una inmensa explanada, con tres flópteros buscando un blanco de práctica, algún incauto que se hubiese alejado de una caravana central enemiga, FIL se sentía en el colmo de la vulnerabilidad, desnudo, solo, sentenciado.

Y eso lo confortaba.

Finalmente, luego de una eternidad de quince minutos ya no sintió los aparatos sobre él y reconectó el limpiador de su casco.

El candente remolino del cielo lo recibió con su sarcástica sonrisa ácida. Comenzó a mover las agarrotadas extremidades. Abría y cerraba las manos mientras intentaba ponerse en pie bajo el peso de la mochila, balanceándose como una tortuga boca arriba. Una vez incorporado comenzó nuevamente la caminata en dirección perpendicular al camino de los flópteros: de donde viniesen nada quedaría en pie, y al lugar adonde se dirigían le sucedería otro tanto.

La luminosidad iba decreciendo poco a poco. FIL sabía que, alcanzado cierto *lux*, se desataría la batalla aprovechando la oscuridad de la noche del planeta.

La llanura del Lakshmi se cubriría de armaduras bicolors que pronto se amalgamarían bajo el mismo manto amarillo-azufre, y luego de no más de siete minutos el combate habría terminado: incursión rápida y efectiva; ése era el secreto del éxito... Jamás ocultaban en los salones de instrucción que *efectividad* equivalía a número de muertes enemigas.

FIL casi rezaba para no encontrar el camino de su batallón... No sabía qué

era peor: si morir sólo en ese desierto, o pelear y sobrevivir a la propia muerte que él transportaba en sus manos.

La lucha entre su instinto de supervivencia ya debilitado y su conciencia apenas palpitante lo estaba agotando.

Para no tener tentaciones vació el contenido del suero alimenticio en el suelo; el líquido se evaporó antes de contactar con éste, igual que se vaporizaba la sangre de los caídos, formando una nube baja y roja sobre el campo de batalla.

La computadora de su armadura informó: "RESERVAS DEL SUERO AL 0.0%. CARÁCTER DEL RIESGO: EXTREMO. PERIODO DE SUPERVIVENCIA SIN SUERO: 4.7 HORAS".

—Bueno ya no hay que preocuparse por sobrevivir... sólo soltar la válvula de presión y dejar que el aire se mezcle con el ácido, y eso será todo... Al menos nadie más morirá hoy por mí.

De todos modos tampoco había esperado vivir tanto como su padre; ni él ni el ejército lo habían hecho: treinta años eran una eternidad en la actualidad y ni pensar en los cincuenta años que había vivido su abuelo... pero tenía la esperanza de sus hijos. Ellos tal vez viviesen más, si elegían otra carrera; por eso era bueno reproducirse antes de ir a la batalla (los soldados podían morir en paz sabiendo que habían dejado algo tras de sí y el ejército se aseguraba de que la población no disminuyese). Además, ellos heredarían su premio por bajas enemigas y él había logrado un considerable monto como para que tuviesen un buen pasar durante toda su corta infancia.

La sensación de poder decidir le devolvió algo de confianza; al menos en el momento final él tenía el control, un triste y opaco control sin sentido.

—¡Dios, no quiero morir! No es eso lo que quiero. Quiero la vida más que nada, Pero, ¿cómo podría sobrevivir pensando, pensando? ¡Dios! Ya no me queda nada, nada... casi ni vida. ¡Ayúdame, por favor, ayúdame!

El primer destello surgió tras un promontorio. Era una bengala azul: llamado al combate.

Los reflejos de toda una corta vida lo hicieron correr automáticamente en esa dirección, y detrás del promontorio, al asomarse, lo vio.

Dos escuadrones de infantería avanzaban uno contra el otro. El suyo enfrente; el enemigo, más acá. Tenían tanto azufre que ambos bandos se veían igualmente amarillos, indistinguibles uno del otro, salvo por los láser. Las descargas amarillas del enemigo y las violetas de su bando cayeron en lluvia cruzada.

Todo parecía un sueño, un terrible sueño lento, donde los hombres no eran en verdad hombres y las muertes sólo paréntesis. FIL quería engañarse a sí mismo, pensar que, luego del combate, al igual que en una obra de teatro, los caídos se levantarían y agradecerían al público y, una vez tras bambalinas, harían bromas y se limpiarían la sangre de utilizaría, todo sería olvidado e irían a tomar un café con sus trajes sucios; hombres de todos los rangos y de todos los bandos.

Pero aquello no era así; era real, terriblemente real. Aquellos que yacían en el piso no se levantarían jamás, nunca más.

Y FIL quedó allí, de pie sobre la colina, mirando la masacre mutua en el valle del Lakshmi, mientras el Collette, a lo lejos, seguía escupiendo lava anaranjada.

Todo era tan absurdo y tan básicamente profundo. Como si la verdad del universo se estuviese jugando allí en ese sagrado y sucio pozo de plasma humano. Pero jugándose del modo equivocado, del modo en que sólo se puede perder.

Las lanchas de recogida aparecieron a lo lejos con sus intermitentes luces verdes, volaron hasta el teatro de operaciones y se mantuvieron en el aire con el agudo sonido de su sirena ululando sobre la nube de sangre.

Los hombres caminaron como zombis, subieron a las planchuelas de ascenso y, finalmente, las lanchas se elevaron y se fueron. El campo quedó sembrado de hombres inmóviles y el silencio aplastó el paisaje; todo era tan tonto y tan extraño que no podía ser real.

Y FIL siguió allí, erguido sobre la colina, los ojos fijos en el valle del Lakshmi, los puños muy apretados, el llanto contenido, con la extraña idea de que había visto antes cómo la sangre flotaba en glóbulos ingravidos, se hundía líquida en grietas o se congelaba en lagos oscuros y tersos, pero que jamás la había visto flotar como una neblina.

La voz provino de un punto tras él: —¡Dé la vuelta soldado y desactive sus láser!

FIL desconectó las armas y se volvió lentamente; se sorprendió a sí mismo por no tener miedo y miró el rostro de su oponente detrás del cristal claro del visor.

Tan sólo eso los hacía diferentes: el color del cristal del casco y las cicatrices profundas que hacían imposible determinar su edad. Tal vez era un veterano cuatro o cinco años mayor que él mismo; quizá sólo tenía trece años. Lo cierto es que tenía mucho más miedo que él: temblaba.

—¡Identifíquese! —ordenó.

—¿Importa? ¿Para qué lo necesita? ¿Va a avisarle a mis hijos o lo premian por cada baja computada?

—Bien, de todos modos no podemos tomar prisioneros aquí.

El joven alzó el arma y apuntó a su oponente. Ahora temblaba más.

FIL no pudo contener una sonrisa: ¡se sentía tan viejo a su lado! Esperaba recordar toda su vida en un *flash*; pero no sucedió nada parecido. Sólo se quedó con la mente en blanco, sin pensar en absolutamente nada por primera vez en toda su vida; lo único que podía hacer era ver su propia anónima figura retratada en el reflejo del cristal del visor de su enemigo.

Allí se veía una figura amarilla de casco oscuro, parada, vencida, detenida en el tiempo. Pensó un instante en su propio y cortajeado rostro y tuvo la sensación de que lo había olvidado, que ya no recordaba su propia cara. ¿Cómo se vería con la barba de un día? ¿Le quedaría

bien el pelo largo? ¿Se le parecerían sus embriones? Nunca lo sabría.

De pronto el hombre frente a él bajó su arma y se quedó quieto.

—Estamos solos —dijo mientras señalaba con un gesto de cabeza el campo de batalla—. Nos dejaron atrás —le tendió la mano; “los satelitarios siempre eran tan caballerosos, tan colonialmente aristocráticos”, pensó FIL—. Mi nombre es LAN.

—FIL.

—Desconectó su tubo de alimentación —acotó mientras señalaba la manguerita que pendía oscilando al costado de su traje.

—No quería estar más drogado. No ahora. La muerte cambia cuando no es en batalla.

—Es cierto que no recordamos nacer, pero no creo que sirva de mucho tratar de recordar el morir. —Una risa suave escapó de su comunicador.

—Sí, por un momento lo pensé.

—Bien eso no es problema ya. Evacuaron el planeta; sólo quedamos nosotros dos y una provisión de aire de... déjeme ver... 10 horas.

—La mía es de 4.5 horas.

Se veían uno al otro en silencio.

—Tengo miedo —susurró LAN.

FIL caminó hacia él y abrazándolo respondió: —Tranquilo, chico... Yo también.

© TERESA MIRA, 2000.

TERESA PILAR MIRA
(Argentina —Pilar, Buenos Aires, 1971—)

Doctora en Filosofía y apasionada por la ciencia ficción, en **NM 8** publicó *Fuerza laboral*.

INCURSIÓN EN AGUAND

M. C. CARPER

Observé cómo el hipertransmisor se alejaba hacia el firmamento. No era más que una esfera con un dispositivo antigrav y un par de células lógicas. En breve, abandonaría la órbita sin dejar de transmitir la señal de auxilio. La hiperonda, esa maravilla no hace mucho descubierta, atraería a mis colegas, pues me hallaba metido hasta el cuello en un grave problema.

Estaba en Aguand, el mundo oceánico. No era parte del Régimen, pero tampoco se había aliado a la Unión de Repúblicas del Núcleo. Nuestros espías descubrieron que una especie de manto protector rodeaba al planeta, algo que causaba desperfectos en cualquier aparato que traspusiera la órbita sin autorización. Otra particularidad era que provocaba desaliento y pesadumbre en el personal. Para evitar eso, elaboraron drogas que contrarrestaban el efecto. No soy amigo de las pastillas ni de los sueros experimentales, pero igual recibí mi dosis.

Tengo treinta años y un físico cultivado; por ello espero que mi nom-

bre, Alven Rasmus, figuré entre los destacados exploradores del Régimen. Por desgracia, nuestro estilizado *Salteador* (la pequeña nave catapultada desde un hiperpuente) de los astilleros espaciales Ponomo no fue la excepción al ataque del Manto. Los desperfectos ocurrieron apenas entramos en órbita y estrellarnos en la superficie acuosa fue inevitable.

Desde el bote inflable contemplé cómo se hundía mi nave, sin poder despejarle la vista. El morro se mantuvo a flote, dirigiendo su antena hacia el cielo, antes de sumergirse con los cadáveres de mis compañeros: los dos técnicos y la alegre Lori, nuestra experta en xenología. Poco nos habían importado, a los otros y a mí, sus conocimientos en alienígenas; su cuerpo, largo y delgado, era una provocación con cada movimiento. El único problema era que debíamos compartirlo entre los tres, pero ella sabía manejar la situación, aunque yo sentía una especie de vacío en el estómago. Algún resabio de mis ancestros primitivos, supongo; el ma-

cho de la tribu reclamando la posesión de las hembras en condiciones de gestación. Hablé con ella de ir juntos a Angra, el mundo paraíso, para asolearnos en sus playas, pero ahora nunca podríamos hacerlo.

¡Qué va! ¡Ellos están muertos y yo lo estaré también si no vienen a rescatarme!, pensé.

El azul de las alturas oscurecía el mar interminable en los cuatro puntos cardinales con la estrella G Dos en su apogeo.

Mientras el movimiento del agua mecía mi pequeño bote de supervivencia, comprobé los elementos que podían serme útiles: luces, un arpón gravítico, un pequeño horno de fusión (para cocinar pescado), cuchillo, balizas, termómetro, cinturón de lastre, chaleco compensador de flotabilidad y el traje de inmersión isotérmico. Éste era lo único importante, en realidad; en él también estaba contenido todo lo anterior, pero en menor cantidad.

Era el ingenio destinado a la conquista de Aguand. Había sido sometido a numerosas pruebas y ahora lo usaría en este mundo océano. Si tenía éxito, sería adaptado para la milicia espacial: el *Regimekorps*. *Ozeankorps* tampoco sonaba mal. El traje tenía un dispositivo para absorber el aire disuelto en el agua. Según la ley de absorción de gases en los líquidos, la cantidad de gas es proporcional a la presión en el líquido. Con una fuerza centrífuga haría girar el líquido, generando menor presión y expulsando el aire hacia los tanques recargables. Las baterías de litio encargadas de ello estaban óptimas. Así

que tenía suficiente tiempo para sumergirme e investigar el secreto del manto protector del planeta. El único dato que tenía era una impresión, por el rabillo del ojo, en el panel de instrumentos, un segundo antes del incidente.

La onda que alcanzó a la espacionave había partido del fondo del océano, a menos de un kilómetro de allí. Si descubría de qué se trataba, recibiría una condecoración del mismo Graff Ajhab, nuestro más condecorado mariscal de Campo Estelar. Es una suerte que el Régimen profese el Seleccionismo para alentar las aptitudes naturales en los jóvenes, originando una sociedad mejor. Más propicia que la antigua Monarquía Genética, donde elegían a los líderes basándose en ADN con mayores condiciones para la genialidad. Hoy, nadie se acuerda de ellos.

Colocarme el traje no fue tarea sencilla; esos prototipos estaban pensados para su funcionalidad, no para la comodidad. En la cintura y a la altura de los tobillos tenían instaladas unas miniturbinas como propulsores. Fueron necesarios cuatro meses de entrenamiento para aprender a desplazarme con ellas. Me ajusté el casco inteligente; en él había suficientes herramientas para cualquier tipo de emergencias. Todo controlado por una computadora CS Cuarenta de la Fixer Instrumentos. Con sólo oprimir un botón en la muñequera de mi antebrazo podía inocularme la medicina necesaria. Disponía de antihistamínicos para una mejor compensación de los oídos, si sufría presiones en la cavidad timpánica. También bloqueantes

de calcio para relajar los vasos sanguíneos. Inhibidores ACE para la enzima convertidora de la angiotensina y dos ampollas de glicerina procesada. Si mis signos vitales comenzaban a disminuir, el casco inteligente inyectaría la sustancia en mi organismo, provocando un letargo semejante a la hibernación. Podía esperar un par de años dentro del traje para que me hallaran y así resucitarme; los espaciales lo utilizan hace tiempo.

¡Listo! Cerrado el último precinto, uno se siente protegido dentro de ese armatoste. Palpé mi pistola máser, una Pixie de doce mil calendas por ráfaga, y salté hacia el líquido elemento.

Zambullirme fue natural; después de un par de caminatas espaciales, ingresar en un medio diferente se hace más fácil. Me dejé hundir; el sonar no percibía actividad hostil.

Un cardumen pasó junto a mí; criaturas de plata, pequeñas y escurridizas. Mi cuerpo reaccionó bien; no sentí náuseas o mareos. Resolví un par de ecuaciones mentalmente para asegurarme de que no estaba sufriendo narcosis de las profundidades, pero aún faltaba mucho; apenas comenzaba a disminuir la visibilidad.

Los rayos solares de Aguand penetraban el agua límpida del océano. Me hallaba muy lejos de la plataforma continental del único arrecife de ese mundo, donde se erigen las ciudades de los aguandeses. Los machos, llamados balliam, son robustos, de fuertes brazos, pero con la mitad del cuerpo parecida a un manatí. En cambio, las féminas, las algunsas, son antropomorfas. Los escasos via-

jeros que han logrado verlas dicen que embelesan con sus sensuales cuerpos. Por supuesto, la química es incompatible, pero conozco a muchos para los que eso no es ningún impedimento. No obstante, es poco probable que me tope con ellas; mi objetivo son las fosas abisales.

Cuando la oscuridad comenzó a envolverse, activé los faros del casco. Di un vistazo al profundímetro: doscientos metros. Las fibras entrelazadas de plástiamiento de mi traje, elaboradas en las minas de Cuarzo C, ignoraron la presión.

Encendí las miniturbinas, coloqué el cuerpo del modo más hidrodinámico posible y avancé. No conseguí ver el lecho marino hasta transcurridos veinte minutos. Cambié mi postura e hice unas cuantas cabriolas; era la última revisión de mis condiciones físicas. Ya había sentido el *ploc* en mis oídos, así que podía considerarme adaptado al medio. Apagué los motorcitos y permití que mis botas se afirmaran en el fondo. Esperaba hallar una extensión de arena pero, a pesar de la oscuridad reinante, había algas. Escarbé con mi cuchillo para estudiarlas. Tenían unos filamentos luminosos, alguna especie de mezcla química que provocaba una luminiscencia azulina. Veinte pasos después descubrí una colonia de corales; su color variaba en diversos tonos violáceos. Debo admitir que aquel lugar me encantaba.

Desde la caída de la nave no había encontrado otra cosa, aparte de colores y serenidad, pero no podía dejarme engañar. Para que eso funcionase, tenía que existir algún depre-

dador. Es así en todos los planetas; la xenóloga lo repetía a menudo. No examiné los corales. En una ocasión fui atacado por una alimaña ponzoñosa oculta en formaciones coralinas y el recuerdo me hizo sentir comezón en un lugar que no podía rascarme. Continué unos cien metros para contemplar una ladera de arena que se hundía en la negrura; allí la temperatura descendía. Tal vez una corriente de salinidad o un río submarino, pero eso no interesaba con mi traje.

Vi que la arena era blanca y finísima antes de iniciar el descenso por la fosa abisal. Era comparable a los cráteres de Arcturus Tres, llenos de taludes escabrosos que caen a pico hacia valles planos como un campo de deportes; la diferencia era la escala. En Aguand, todo era cinco veces mayor. En aquel abismo negro la vida se hacía presente cada tanto. Un par de pulpos con aletas, un solitario pez ciego parecido a un armadillo, provisto con algo muy semejante a una caña de pescar, y varios pepinos marinos luminosos.

Al alcanzar el terreno llano, avisté formaciones rocosas. Tenían la apariencia de haber sido carcomidas. No se trataba de erosión, pero no podía entender qué había triturado de esa manera la roca. Quizá, supuse, eran restos de alguna manufactura aguandesa. Los reportes afirmaban que los nativos usaban aglomeraciones de un organismo unicelular llamado “nuuzba”, como embarcaciones. Analicé aquella materia y comprobé que se trataba de algo orgánico. Toneladas de nuuzba muerta, aunque no estaba seguro; podía quedar vida entre toda

aquella cantidad de materia. Mi intención fue rodear la formación, pero no tuve otra opción que atravesarla o perdería un tiempo valioso. Recorrer un laberinto sin salida hubiese sido menos agobiante, aunque no debía preocuparme; el señalizador me indicaba constantemente la posición donde, estimaba, se hallaba la fuente del manto protector del planeta. ¡Bendita sea la tecnología!

Abandoné aquellas paredes fósiles para encontrarme ante el arco de entrada de una caverna. El camino seguía esa dirección; podía ser el pasaje hacia una estación bélica de los aguandeses. Encendí la cámara del casco para mi reporte; el paseo no tendría el mismo encanto a partir de ahí. Cambié los objetivos para visión nocturna; no hallé señales de manufactura artificial, ningún sensor o cable. La cueva era muy irregular, plagada de vericuetos. Torcer en una u otra dirección era constante.

A los cien metros, las paredes laterales se abrían dejando un espacio enorme. Allí presencié un espectáculo inefable: el cadáver de un cetáceo, una variedad de ballena gris. Doscientas toneladas de carne devorada por minúsculas criaturas emparentadas con los crustáceos; entre la arena y el cuerpo se arracimaban diminutos equinodermos. Era evidente que habría otro acceso para permitir que aquel animal llegase hasta allí a terminar sus días. Me alegré, porque la idea del retorno a través de la nuuzba no me emocionaba para nada.

De repente, ¡mi detector se volvió loco! Algo se aproximaba a gran velocidad; era grande. Busqué un buen

lugar para esconderme y resultó fácil encontrarlo. La pistola lo eliminaría de seguro, pero en el Régimen nos instruyen sobre los desequilibrios ecológicos: matar a un ser civilizado y consciente de una especie que tiene miles de congéneres en la galaxia me es más fácil que eliminar una criatura inocente que cumple su rol en esta ecología; tal vez lograría amedrentarlo con el arpón. Me parapeté tras una roca mientras cargaba el arpón gravítico y activé el gatillo para cambiar la polaridad de la vaina que impulsaría el proyectil. En ese momento apareció una langosta de ocho metros de longitud; las enormes pinzas podían partir mi cuerpo sin esfuerzo. Era un Krak, con una decena de antenas en la cabeza para reemplazar la ausencia de ojos. El animal avanzó lentamente hacia mí; era posible que el arpón no fuese muy eficiente contra el crustáceo gigante, después de todo. Maldije en silencio y opté por la Pixie de doce mil calendas. La criatura me había percibido, sin duda; la tenía a menos de diez metros. Si le permitía aproximarse más, sus pinzas me atraparían y sería mi fin. Apunté y descargué un haz invisible de calor. El cuerpo anaranjado se tornó rosa y después blanco en el punto de impacto; la carne se deshacía provocándole una terrible y dolorosa herida. No quería matarlo. Detestaba la idea, pero era él o yo. Por fortuna, la criatura reaccionó y se apartó, alejándose en dirección a la entrada de la caverna.

Salí de mi escondite para continuar la misión; estaba a pocos pasos del sitio que buscaba. Entonces sentí un terrible malestar: una mezcla de de-

sazón y apatía; algo muy semejante a un ataque de pánico. Tomé un calmante pero no sentí ninguna mejoría. Razoné que era el mismo síntoma que creaba el manto protector, que estaba siendo atacado por los aguandeses. Resistí con todas mis fuerzas. Ante cualquier ataque psíquico, la técnica más eficaz es ocupar la mente con algo. Un recuerdo, un problema matemático, son buenos elementos para contrarrestar ese tipo de influencias. Por supuesto, el truco sirve ante una telepatía leve como la que experimentaba. Calculé mentalmente los periodos de rotación de los planetas de mi sistema solar natal, basándome en las distancias de las órbitas. Poco a poco, el malestar fue disminuyendo. Hacia adelante, me atrajo un resplandor blanco. Pensé en un generador submarino; sin embargo, encontré algo muy diferente. Se trataba de valvas con conchas luminosas; su fosforescencia encandilaba. Aquellas ostras eran gigantes: entre cincuenta y ochenta metros de diámetro. Apenas las vi, sus carcajadas atronaron en mi mente; se reían sin pausa. La sensación era insoportable, aunque tenía la convicción de que no se burlaban de mí. Estaban alegres; tal vez me consideraban un juguete nuevo.

Las risas se incrementaron, aturdiéndome, y les pedí a gritos que se detuvieran. Rogué e imploré, pero no fui escuchado. Su capacidad psíquica podía lograr muchas cosas, si hasta defendían a todo el planeta.

He ahí el secreto de Aguand: había otra raza inteligente en el océano, unas Valvas paranormales que lo protegían de cualquier intruso.

Caí de rodillas sin poder resistirme a su jocosidad. Luché para no desvanecerme, pero mi pelea estaba perdida desde el principio: sólo era un humano de treinta años enfrentado a unas criaturas poderosas que podían tener la edad del planeta Aguand. Mi casco se hundió en la blanda arena, intenté inyectarme una dosis para hibernar, pero me fue imposible moverme. Algo inutilizó mis baterías de litio y me quedé sin aire; antes de que mi corazón dejara de latir, perdí el conocimiento.

Pero no morí.

No lo entendí al principio; sólo tenía consciencia de que toda la vida de Aguand latía como un solo corazón y a la vez estaba dividida en millones de individuos. Mi mente había sido absorbida por las valvas durante su sondeo. Descubrieron los planes de conquista del Régimen Dobo y toda chance de dejarme en libertad se esfumó. Pero ellos prefirieron no matarme, al menos en el sentido que ellos opinan sobre la vida. ¡Quién sabe dónde estará mi cuerpo! En fin, ya no importa.

Creo que el tiempo que pasé en la incertidumbre lo dedicaron a estudiar, a conocer por mí todo lo referente al Régimen. Luego me preguntaron que deseaba. Traté de sonreír en pensamiento, pero aún tenía presente el recuerdo de las carcajadas mentales. Me explicaron que no sería difícil capacitar a mi mente para recrear un entorno a mi gusto, puesto que no podían liberarme. Estaba condenado a existir en el laberinto de sus impresiones psíquicas y no era una experiencia dolorosa; todo lo percibía como real: olores, sabores, recuerdos...

Tenía la oportunidad de hacer lo que siempre soñé, sin pagar por ello. Para todos los que me conocen estaré desaparecido, es cierto, pero rodeado de un mundo virtual creado a medida para mí. No voy a extrañarlos mucho.

En fin, unas vacaciones eternas en el mundo paraíso de Angra me harán soportable esta existencia.

M. C. CARPER, 2008.

M. C. CARPER
(Argentina —Buenos Aires, 1966—)

También conocido por sus colaboraciones como ilustrador, en **NM 6** apareció su relato *El timo en Sijha*.

Se lo puede visitar en "*Enfrentamiento de los dioses*", de M. C. Carper (<http://enfrentamientosdelosdioses.blogspot.com/>) y en M. C. Carper - *Draws* (<http://carpermc.blogspot.com/>).

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenece exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

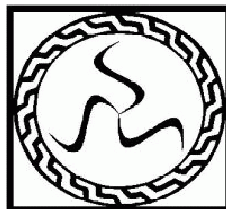
<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



ESN 64340-081008-560539-35